

CRISTIANIDAD

AÑO SANTO DE 1950



DEPOSUIT POTENTES DE SEDE ET EXALTAVIT HUMILES

EL PLAN DE CRISTO, NUESTRO SUMO CAPITAN:

«...De manera que sean tres los escalones: el primero, pobreza contra riqueza, el segundo, opprobio o menosprecio contra el honor mundano, el tercero, humildad contra la soberbia, y destes tres escalones induzgan a todas las otras virtudes.»

HUMILDAD ONTOLÓGICA - HUMILDAD PERSONAL - HUMILDAD SOCIAL

PUBLICACIONES CRISTIANDAD

OBRAS PUBLICADAS:

Unidad católica y tolerancia de cultos

Carta Pastoral
del Excmo. y Rvdo. Sr. Obispo
de Barcelona

(Agotada)

Hacia el Cuarto Año Jubilar

10 pesetas

Catolicismo o barbarie

por José-Oriol Cuffí Canadell

35 pesetas

Al Reino de Cristo

por la devoción a su Sagrado Corazón

Documentos Pontificios
Texto castellano

30 pesetas

Edición latino-castellana

45 pesetas

Pídalos directamente a la Administración de CRISTIANDAD
y les serán servidos a domicilio sin aumento de gastos.

Fábrica de Hilados y Tejidos de Algodón
en GIRONELLA

Salvador Fusté Teixidor



Despacho: Plaza Universidad, 8, Pral.

Teléfono 21 26 30

BARCELONA

RAZON Y FE

REVISTA MENSUAL HISPANO-AMERICANA DE CULTURA

50 AÑOS DE PRESTIGIO

La vida cultural vista con ojos católicos. - Amplio interés
por todos los problemas humanos y
especialmente por los del espíritu.

Religión, Historia, Derecho, Filosofía, Artes, Ciencias,
Literatura Antigua y Moderna, Educación, Política y
Sociología, Psicología...

Intersección del Dogma y la Moral católica con todas
las manifestaciones de la vida individual y social. Movimiento
literario y científico de España y del Extranjero.

Estudios eruditos. Crónicas y documentación. Orientaciones
doctrinales y prácticas. Copiosa crítica bibliográfica en cada número.

Aparece en fascículos de más de 100 páginas
el primero de cada mes.

Administración: Suscripciones, pagos, giros, pedidos,
devoluciones, publicidad: Ediciones FAX, Zurbano, 80.
Apartado 8001. — **Madrid.**

Redacción: Originales, libros para la Bibliografía, consultas:
Redacción de «RAZON Y FE», Pablo Aranda, 3.
Madrid.

Precios de suscripción: España y naciones del Convenio
Postal: Anual, 70 ptas. Para los demás países: Anual, 90
pesetas. Número suelto, 8 ptas. Número atrasado,
10 ptas.

Se entiende siempre años naturales.

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual . . . 100'00 ptas.

Semestral . 50'00 "

Trimestral . 25'00 "



Número ordinario . . . 5 ptas.

Encuadernar 25 »

Tomo encuadernado . 125 »

La humildad es la verdad

«Que todos quieran ayudar a traerles, primero a suma pobreza espiritual, y si su divina majestad fuere servido y los quisiera elegir, no menos a la pobreza actual; a deseo de oprobios y menosprecios, porque de estas cosas se sigue la humildad; de manera que sean tres escalones, el primero pobreza contra riqueza, el segundo oprobio y menosprecio contra honor mundano, el tercero humildad contra soberbia, y de estos tres escalones induzcan a todas las otras virtudes»⁽¹⁾.

CRISTIANDAD, desde que en los umbrales mismos del Año Santo sintió la vocación de entregarse al servicio de la «Cruzada de Oración y Penitencia» promovida por la Dirección General del Apostolado de la Oración, procura traer a sus lectores a considerar cómo entiende que deben realizar su movilización cristiana para seguir espiritualmente los caminos de renovación y salvación que nos muestra la nueva Jerusalén, la Roma del Jubileo, al llamar con vehemencia a las personas y pueblos en estos tiempos extraordinarios por que atraviesa el mundo.

CRISTIANDAD, entonces, juró alborozada su bandera⁽²⁾, porque en ella siente que se recogen y concretan los anhelos que informan la mente de los Vicarios de Cristo, y en particular de Pío XII, providencialmente reinante. Y así, como habrá advertido el discreto lector, en todos los números que anteceden, para disponer su espíritu a responder al llamamiento de Dios, ha procurado explicar uno y otro de los puntos que encabezan estas líneas: Pobreza de espíritu⁽³⁾, deseo de oprobios y menosprecios que se satisface sobre todo en los tiempos de persecución⁽⁴⁾ y la necesidad de que, ahora más que nunca, «que en las gravísimas calamidades que oprimen a los hombres»⁽⁵⁾, «cuando vemos de cada día más que los remedios humanos son insuficientes para remediar estas calamidades», acudan suplicantes a Dios para implorar la misericordia y el auxilio.

Pero una condición se requiere para que se dé la salvación que todos esperamos, y esta es: que nos convirtamos sinceramente a Dios. Sinceridad, quiere decir verdad y verdad es, aquí, humildad. La humildad es la verdad.

Santo Tomás de Aquino viene a mostrarnos, con una sublime lección, el camino de la humildad.

De dos maneras la humildad coincide con la verdad: colocando a la criatura en el lugar que le corresponde, como puro reflejo, pura huella de su Creador, en cuyo caso ¿cómo va ha envanecerse o enorgullecerse de sus perfecciones relativas, si cuanto tiene, aún su mismo ser, no es otra cosa que puro rastro, huella, sombra, de Aquel que Es, y de Él recibido?, y, además, la humildad es también la verdad, porque, no envaneciéndose, ni enorgulleciéndose de cuanto de Dios ha recibido, no es empacho ni encogimiento, sino

(1) San Ignacio. Libro de los Ejercicios Espirituales.

(2) Véase CRISTIANDAD, núm. 138.

(3) Idem 142.

(4) Idem 141.

(5) Idem 139.

(6) Idem 140.

dignidad (Agnosce, christiane, dignitatem tuam!), sencillez y llaneza que reconoce los dones de la infinita misericordia.

Se ha pedido recientemente que se construyera una metafísica de la humildad, en la metafísica del Doctor Angélico hay algo que es mucho más que esto: hay una metafísica humilde, inexplicable sería de otra manera el que Santo Tomás hubiese podido darnos los ejemplos que nos dió de la más alta virtud de la humildad, y que él, que había construido la síntesis más poderosa a que ha llegado el entendimiento humano, cuando más había penetrado con su inteligencia en las insondables profundidades de Dios y del misterio, hubiera dejado de escribir, y, con la sinceridad de la santidad, hubiese dicho a un hermano suyo, refiriéndose a su obra: «me parece paja».

* * *

Pero hay otro campo en el que debe penetrar profundamente la virtud de la humildad, si es que los males que hoy día afligen a los hombres han de encontrar remedio: este es el campo social. Los hombres han sido creados para vivir en sociedad, sólo en ella pueden encontrar los medios para llegar a pleno desarrollo individual y cumplir con la ley del progreso que, en su verdadero sentido, es querido por Dios. Pues bien, también las sociedades civiles, las clases sociales, las naciones, deben participar en alguna manera de esta virtud, que hoy día es tan necesaria al mundo. La lucha de clases es lucha de orgullos, las revoluciones encuentro de orgullos y de concupiscencias. Ningún pueblo, ningún gobernante, ninguna clase social, es impecable, ningún pueblo, ni gobernante, ni clase, puede ni debe envanecerse de los bienes que ha recibido de Dios. Ellos le obligan más, por cuanto Dios nos juzgará a todos por el uso de los bienes que nos otorgó. ¡Fuera, pues, el orgullo de las naciones, los absurdos chovinismos que les arrastran a injustas guerras de predominio, de las que no se siguen más que destrucciones y males sin cuento, sobre todo, cuando el progreso material se ha desprendido del orden moral señalado por Dios! ¡Fuera, los orgullos de casta, de clase o de individuos!

Por no haber querido obedecer a la ley divina, la historia nos muestra esta dolorosa lección, más dolorosa desde cuatro siglos acá, cuanto más se acerca a nuestros días. Porque la humanidad ha pecado contra Dios, ahora sufre - como lo hizo tantas veces su pueblo escogido - la humillación y la pena del pecado.



Entendida así, la historia se nos figura un inmenso campo donde se conjugan, en los misteriosos decretos de la Providencia de Dios, su misericordia y su justicia por una parte, y el don terrible de la libertad del hombre, por la otra.

Conducida ésta por el orgullo, engendra las mayores catástrofes. Abrazada con la humildad induce, como dice el Santo autor de los Ejercicios a todas las virtudes y, con el predominio de éstas en las sociedades, al REINADO SOCIAL DE JESUCRISTO.

T. L.

SUMARIO DEL PRESENTE NUMERO

EDITORIAL: **La humildad es la verdad.**

Humildad ontológica, humildad personal, humildad social, por Jaime Bofill (págs. 108 y 109).

HUMILDAD ONTOLOGICA: **La oración de todas las criaturas.** Salmo 103. (págs. 110 y 111).

HUMILDAD PERSONAL: **El testamento de un pensador contemporáneo.** Palabras de despedida de Peter Wust a sus discípulos (págs. 112 y 113).—**Magnificat anima mea, Domine** (pág. 113).

HUMILDAD PERSONAL DEL GOBERNANTE: **Miserere mei, Deus!** Salmo 50 (pág. 114).

HUMILDAD SOCIAL: **La oración humilde del gobernante implora la misericordia de Dios sobre su pueblo** (pág. 115).—**«Un príncipe tan grande por su humildad...»** (págs. 116 y 117).—**Humilde y cristiana muerte de dos grandes reyes de Castilla** (pág. 118).—**«Y sabrán todos estos que no por la espada ni por la lanza salva Yahvé...»** (págs. 119 y 120).—**Los pueblos deben hacer penitencia pública si desean alcanzar la misericordia del Señor** (pág. 120).

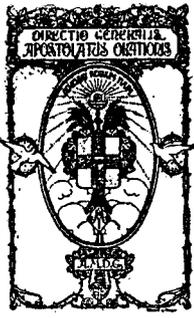
El problema de Palestina y los derechos de la Cristiandad (XI) por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 121 y 122).

Monseñor Amigó rigió durante 45 años la mayor diócesis inglesa, por Luis Sanz Burata (págs. 123 y 124).—**Comentario sobre la plegaria de Su Santidad Pío XII con motivo del Año Santo**, por Guillermo Viviani Contreras (pág. 125).

III Congreso Internacional de la Prensa Católica (págs. 126 y 127).

Orientaciones Bibliográficas: por Luis Luna (pág. 127).

DE ACTUALIDAD: **Intensificación de la persecución religiosa en Polonia.**—**La O. M. S., filial de las Naciones Unidas, exterioriza su espíritu sectario.**—**«Orginform» y «Desinform»**, por J. O. C. (pág. 128).



Las intenciones generales y particulares del Sumo Pontífice

(Explicación de la Intención del mes de Marzo de 1950)

VUELVE a proponerse esta intención en el mes de marzo porque en él se cumple el aniversario de la coronación de Pío XII («Día del Papa»), en el cual los Mensajeros del Sagrado Corazón laudablemente dedicarán en parte su Revista al Vicario de Cristo felizmente reinante y al primado del Romano Pontífice.

Cuáles sean sus intenciones generales y constantes lo hemos ya explanado repetidas veces; pero cuáles hayan de ser sus intenciones particulares, actuales y urgentes en el mes de marzo de 1950, podránlo saber los Redactores atendiendo a las Encíclicas, cartas, alocuciones, mensajes radiofónicos del Sumo Pontífice, donde él mismo suele manifestar algunas por lo menos de sus preocupaciones.

El Boletín mensual del Apostolado de la Oración (Bruselas) en el número de abril de 1949, escribe estos párrafos:

«Él, Pío XII, continúa la representación de un poder que tiene dos mil años de existencia, y que cuenta, para el porvenir, con la promesa de vida eterna. En el gran teatro de la vida gesticulan muchos muñecos humanos: «que dan, dan, dan tres vueltcitas y se van.»

En cambio, él está incommovible. Ese anciano que carece de ejércitos y posee un minúsculo territorio, ejerce por su autoridad moral, influencia internacional de preponderancia siempre en aumento. En el diario «Le Libre Belgique», del 23 de febrero de 1948, el conde Carton de Wiart ha escrito un notable artículo: «La política del Vaticano».

Precisamente porque el Papa es el gran defensor del orden y del deber, se ha convertido, para la anarquía, en el enemigo núm. 1 y, en Rusia, en Italia misma, es blanco constante de ataques furiosos.

Es el dique. Sabe lo que sería del mundo sin la religión: una inmensa selva, en la que vencerían las bestias más feroces. En cierta ocasión afirmaba Lyautey: «Entre la barbarie y la civilización cristiana no hay más que el grueso del Catecismo.»

Pío XII, el Papa gloriosa y dolorosamente reinante, nos ha dado los códigos de justicia y seguridad social que se llaman Encíclicas.

— Es el «Pastor angélico», el «Papa de las manos juntas», tan piadoso, que quienes lo han contemplado celebrando la Santa Misa, podrían repetir como el acólito del Cura de Ars; «Diríase que ve al buen Dios.» Cree él que la oración es una palanca invisible, pero potente, y que, para salvar a la humanidad, queda todavía otra cosa que la política y las conferencias de los Jefes de Estado. Ciertas victorias no se ganan más que de rodillas.

— Bajo la tiara «trirregne», Pío XII es un penitente austero, macilento. Desde luego, esa brillante tiara ¿no es en realidad una corona de espinas?

— Él es el trabajador infatigable, y los romanos pueden ver, cada noche, la luz perseverante que ilumina la cámara pontificia.

— En medio de trabajos sin número se mantiene sereno. Posee aquella hermosa mirada llena de luz que los visitantes no pueden olvidar. Conserva un alma joven y delicada de poeta enamorado de la belleza de Italia y de los literatos que cita con frecuencia.

— Él que tantas audiencias concede, él que en el Vaticano, tiene acreditadas cuarenta y dos embajadas o misiones diplomáticas, él que se halla colocado en el más alto mirador, en el primer observatorio del mundo, no cesa de interesarse por todo.

Es el Papa moderno que bendice los deportes y acoge a Bartali.

Las parejas de jóvenes esposos en viaje de novios, acuden a él. A todos les entrega determinados fragmentos de la Encíclica sobre el matrimonio «Casti connubii»; regala al marido una medalla de Nuestra Señora del Buen Consejo; a la esposa, un rosario de nácar y plata.

Les dirige la palabra y muchos de sus discursos han sido reunidos en el libro «Matrimonios cristianos. Alocuciones de S. S. Pío XII a recién casados».

— Entre 1939 y 1946, afluyeron de todas partes a la oficina de información del Vaticano peticiones de noticias sobre prisioneros y refugiados. Ésta ha respondido con once millones de mensajes, de los cuales más de un millón han sido transmitidos por radio. Las cifras que damos han aparecido en el «Libro blanco y amarillo» compuesto por el Congreso Internacional de la Cruz Roja en Estocolmo (agosto 1948).

Tanto y tanto problema religioso complejo y delicado, los que sabemos y aquellos otros que ni sospechamos, los de tierras lejanas cuyos nombres apenas conocemos, los de las cinco partes del mundo, vienen a confluír en el Vaticano, como innumerables hilos que terminan en una estación central. En otros tiempos la dificultad de los medios de comunicación impedía determinadas relaciones con Roma. ¡Pero, hoy!...

¿Cómo hay cerebro humano que resista cuando en él resuena el cúmulo cotidiano de los problemas más formidables? ¿Cómo hay corazón que aguante el ser apuñalado con tantas tristezas, como las que le vienen, por ejemplo, de Rusia, Yugoslavia, Rumania, Polonia y de aquella Hungría cuyo Cardenal Primado sufre condena de prisión perpetua?

¡Cuántas y cuánta amargura!

Y, por otra parte, ¡cuántos consuelos!

El Papa conoce mejor que nadie las bellezas de la generosidad católica, el progreso de las misiones, la abnegación de los sacerdotes. Interesarse por sus intenciones, es interesarse por todas las intenciones religiosas, puesto que él las concentra todas en su corazón.

Sabe él que es sólo un hombre, mas el hombre por el cual más se ruega en todo el mundo. No se celebra una sola Misa, sin que su nombre sea pronunciado. Y todos los fieles interceden por él que se halla en la cúspide de la pirámide espiritual: «*Pro Pontífice nostro Pio*».

Humildad ontológica

humildad personal, humildad social

El concepto de «creación»

La verdadera realidad y condición del ente finito —y, por consiguiente, del hombre— no podría ser debidamente aquilatada de no tener una idea correcta de su condición de «criatura», que lo pone *por entero* en las manos de Dios.

Tenemos excesiva tendencia, en efecto, a considerar la criatura como un pequeño «absoluto», como un ser todo lo infimo que se quiera comparado con Dios, pero capaz, en definitiva, de encararse con Él desde una posición hasta cierto punto independiente. Creemos poder afirmar nuestro «yo» frente a Dios como algo que nos pertenece, como algo que se sostiene de por sí, a la manera como nos es posible hacerlo frente a cualquier «tú» humano. Tratamos a Dios como ajeno, como «exterior» a nuestro «yo»; como si quedara algún reducto en nuestro ser desde el cual no fuese posible todavía «negociar» con Él. De hecho, entablamos nuestras relaciones con Él bajo este módulo pagano de la «negociación», pidiéndole bienes y ofreciéndole, en compensación, nuestros servicios, nuestras alabanzas, nuestro mismo amor si se quiere. Pensamos que Dios tiene algo que ganar con nosotros. Intentamos «convencerle», llevarle a nuestros planes; le requerimos como un poderoso auxiliar en nuestra vida.

Puede ser interesante relacionar esta mentalidad con la idea que nos formamos, en su consecuencia, de la Creación. Los historiadores de la Filosofía dicen que los paganos no tenían esta idea, según la cual la criatura es «nada» *por sí misma* en presencia de Dios, y que su dependencia a su respecto es total y constitutiva. Nosotros sabemos, en cambio, que el mundo ha sido creado por Dios. Mas, ¿qué sentido atribuimos a esta verdad, cuya repercusión es tan profunda sobre nuestro pensar filosófico que modifica fundamentalmente el horizonte en el cual se plantean sus problemas de más trascendencia?

De hecho —la Revelación nos lo dice—, el mundo ha sido creado por Dios *en el tiempo*. No que hubiese un tiempo anterior al origen del mundo, pero sí que hubo un *primer momento* en el mundo, un «*primer día*» de su Historia. Mas no es esto lo esencial en el concepto de creación. Atento a salvar toda parcela de verdad dondequiera que pueda encontrarse, Santo Tomás acepta como hipótesis racionalmente posible la de un mundo *sin origen en el tiempo* —concepción que choca a nuestra mentalidad actual, pero que era, sin embargo, la admitida por el pensamiento heleno—. Pues bien; este mundo, que no habría tenido un «primer momento», cuya duración sería indefinida, seguiría siendo, con todo, *un mundo creado*; algo que, a pesar de su perduración, seguiría estando total y necesariamente, pendiente de Dios; que seguiría siendo «nada por sí mismo en presencia de Dios. Su perduración misma seguiría teniendo en Dios su principio.

El concepto de «creación» no se refiere, pues, de sí, al origen del mundo en el tiempo; cuando reducimos a esto la cuestión, poco distamos de recaer en la concepción pagana de las relaciones del mundo con Dios, porque, en este caso, Dios habría sido requerido *al principio* del tiempo para poner en marcha, por una especie de gigantesco «kick-off», el juego de la Historia, mas esta su misión (imprescindible, pero limitada al *primer momento* del mundo) una vez cumplida, la ulterior presencia de Dios resultaría más bien engorrosa, ya que el juego histórico podría

y debería desarrollarse, en adelante, *según sus propias leyes inmanentes*. La Filosofía ha atribuido más de una vez a Dios esta «honrosa» función de haber dado origen al mundo, para luego rogarle, tal vez con exquisita cortesía, que fuese a bien ocuparse en adelante de sus cosas, que el hombre ya se cuidaría de las suyas. Debería Dios comprender, en efecto, que toda intervención suya sería ya interpretada como una «intrusión», porque interferiría con el curso de la civilización lo mismo que de la naturaleza.

Que si a tanto no llegamos, reservamos a lo menos a Dios la misión de hacer «trampa» cuando los acontecimientos nos abrumen demasiado y, acallando por un momento el respeto humano hacia los demás y hacia nosotros mismos, no tememos ya rebajarnos quejumbrosamente para buscar refugio en aquel estado de ánimo que llaman fe los supersticiosos.

Sí, la Revelación nos lo dice: *«al principio, creó Dios el cielo y la tierra, el mundo ha tenido origen en el tiempo; pero es preciso insistir en que no es eso todo. No procede, en efecto, el mundo de Dios como un hijo procede de un padre, o un edificio de su arquitecto, a saber: de tal modo, que necesario para el «fieri» del mundo, para su producción, no fuera ya Dios necesario para su «esse», para su ulterior subsistencia; porque si el mundo necesitó de Dios para «empezar a ser», lo necesita con igual premura para «seguir siendo».*

Aclaremos los ejemplos anteriores. Un hijo necesita de un padre para venir al mundo; pero, poseyendo en sí mismo una naturaleza independiente, un «ser hombre» capaz de sostenerse en adelante, puede su padre fallecer, o abandonarle, sin que por ello se vea ineluctablemente condenado a muerte. Un arquitecto es requerido por una casa para su «hacerse»; no habría casa alguna sin alguien que la planease y dirigiera su construcción: mas, una vez la casa construida, *tiene ya en sí misma de qué continuar siendo*, y el arquitecto puede ya dedicarse a nuevos menesteres: su misión ha sido cumplida.

No es tal nuestra situación con respecto a Dios. Si descendemos, en efecto, a aquel estrato nuestro más profundo en que reside, no el ser «tal» o «tal otro», sino, sencillamente, el «ser», nos encontramos con que *este «ser» no es algo que nos pertenezca en propio; de suerte que (lo hemos advertido ya) si las criaturas necesitaron de la acción de Dios para «empezar a ser», siguen necesiéndola de modo ininterrumpido para «seguir siendo», desde el momento que, en sí mismas, nada tienen que sea razón suficiente de su permanencia, como nada tuvieron que justificarse su origen. El «ser» no es de la razón de ninguna criatura, y ello hasta tal punto que su posibilidad lógica misma guarda con respecto a Dios una dependencia absoluta. Tan sólo porque nuestra inteligencia es obtusa y nuestro corazón endurecido; tan sólo por la superficialidad con que consideramos las cosas y nos comportamos en la vida resulta posible el que podamos prescindir de Dios, cuando, en realidad, todo ser, todo valor y dignidad dependen de Él esencialmente y tan sólo por esta dependencia conservan un sentido.*

De no llegar hasta aquí, la concepción pagana no habría sido, en verdad, superada. Que concibamos el mundo como una llama eternamente ardiente de por sí o encendida, al principio, a la luz del Creador, eso no modificaría esencialmente el valor y la situación que, de hecho,

poseería en adelante: tendría luz propia en ambos casos y, por lo tanto, podría alimentar en uno y otro la pretensión a irradiar de por sí su luz y a contentarse con ella.

El error está en la comparación misma utilizada: en concebir la criatura en relación con Dios como una luz comparada con otra mayor, como «algo bueno» comparado con «otro más bueno», ya que, por grande que fuera la distancia, siempre la criatura podría «sumar» a la de Dios su perfección, y esta distancia no sería nunca, estrictamente, *infinita*. En realidad, en cambio, la criatura, lo mismo que el valor que ella encarna, no es reductible a un mismo género con el Creador, no puede en ninguna hipótesis «sumarse» con Él; pura sombra o reflejo de Dios, todo su ser está constituido por la relación que con Dios la enlaza, dice comparación a Él como «algo bueno» con la *Bondad*, con la Bondad incircunscrita, ilimitada, que encierra en sí *toda perfección*, que no puede ganar ni perder; que, si ha creado al mundo y lo ha ordenado a Sí mismo como a su fin último y necesario, ha sido tan sólo por su liberalidad extrema, que no piensa sino en comunicar a otros el Bien infinito que en sí mismo posee.

Así, se diseña una doble dimensión del ente finito que recoge y subraya por un igual el pensamiento cristiano. De un lado, su «*nullidad*» radical, en aquello que tiene de por sí; de otro, la *participación de Dios* que en cada uno se encierra, su carácter de alguna manera divino.

La doctrina profundísima de la analogía del ente (clave ineludible de todo saber racional de Dios) expresa el más perfecto reconocimiento teórico de esta verdad fundamental. La humildad será su reconocimiento práctico.

Una metafísica «humilde» o una metafísica de la humildad

¿Puede tener la humildad una metafísica?, cabría preguntarse. Si recordamos entonces que Gabriel Marcel, por ejemplo, está reclamando esta metafísica, la aproximación de conceptos «metafísica de la humildad» podría parecerse, en efecto, muy «existencialista».

Y sin embargo, la novedad está sólo en esto, es decir, en la aproximación de conceptos; vigorosa manera, ciertamente, de exigir, a la base de una restauración filosófica, que la condición de los seres, su «verdad», sea desde el principio respetada. Porque la esencia misma de la cosa; esta objetividad perfecta que ha de ser el Ideal a que la Filosofía aspire, tenía ya una traducción clásica en la doctrina de la *analogía del ente* que hemos procurado sumariamente ejemplificar.

El nombre de «ser» no conviene, con todo rigor y propiedad, al ente finito. La criatura «es», tan sólo, en un sentido disminuido de la palabra. «Ser», en toda plenitud; en tanto que implica aquel modo último de actualidad que confiere realidad y perfección a toda forma; aquello que en nuestro hablar humano, sumergido en el tiempo, expresáramos con la fórmula «estar siendo», no es algo constitutivo de la criatura, algo consubstancial suyo. «Ser» como nombre, como sujeto; «ser» como «acto», como ejercicio, no son, en la criatura, una misma realidad. El «ser», en la criatura, no constituye «su ser»; constituye, a lo más, su «haber»; no un haber en propiedad, sino, tan sólo, prestado en depósito y del cual ha de estar dispuesto (como aquellos siervos del Evangelio a quienes su Señor confió unos denarios) a dar en todo momento cuenta. La Criatura es lo que es tan sólo porque Dios, escondido en su fondo, «hace que seas». Toda determinación suya; toda operación suya; la desviación misma de su obrar, que constituye, en la criatura libre, el pecado, presuponen esta

radicación suya en Dios, la recepción de un *influxo actual de Dios* sin el cual ni la energía misma que en el pecado invierte le quedaría. Abandonada a sí misma sería lo puramente inerte, lo puramente informe; una recaída en la nada. La criatura está bañada en Dios hasta cuando le desprecia o le insulta. ¡Trágica audacia de un ser que ha logrado hacer compatible con su Ley fundamental la violación de esta Ley!

Humildad metafísica y humildad personal

Hemos pedido para el hombre, para el saber humano, una humildad «objetiva»: el reconocimiento de la humilde condición objetiva de la criatura frente a su Dios y Señor. No es menos necesaria hoy en día, al hombre, la humildad «subjetiva», el situarse, como Persona, en el lugar exacto que a su naturaleza corresponde.

Tanto pecará contra la humildad —contra la verdad de su ser— cuando se ensalza por encima de sí, cuando cede a la tentación fundamental «seréis como dioses», como al rebajarse por debajo de su dignidad de ser personal, de un ser libre y responsable de su vida, para sumergirse en el mundo de la sensualidad y de las reacciones instintivas. La humildad, como «virtud» humana, es la traducción de una ley metafísica fundamental: la que impone a toda criatura a «ser lo que es», a no desorbitarse en su dinamismo, a ser fiel a su propia Ley. Por esto la humildad no es un elemento como otro de la perfección finita, sino su condición. Es aquello que, en esta perfección, debe la criatura poner de su parte.

Entre dos extremos igualmente fatales: el egocentrismo de la impotencia y el egocentrismo del orgullo, la humildad asegura a la criatura la posesión de su «centro» divino. La humildad salva a la criatura, salva al hombre y a la sociedad; porque aquello que no es, en realidad, «centro», encuentra, en el «egocentrismo», la muerte. La humildad es el reconocimiento de la condición heterocéntrica, y, por lo mismo, heterónoma, de la criatura, mas tan sólo para ponerla (en perfecta intimidad consigo misma) en posesión de su centro divino. Mas siendo ese centro, que es Dios, íntimamente presente en ella, tal heteronomía no la somete a una Ley «exterior», no es un obstáculo a su dignidad, sino al contrario, la plena garantía para cada una de ser verdaderamente «sí misma».

Humildad social

No sólo individualmente considerado —en este fraccionamiento y atomización suya que es cada individuo particular— debe «el hombre» aceptar como Ley básica de su perfección la Ley de la humildad; también en su integración en un «cuerpo» social debe someterse a esta Ley. *La salvación del mundo moderno depende de que reconozca este hecho.*

La simetría, por lo menos obligaba a mencionar aquí esta «*humildad social*», tratada ex profeso en otro artículo de este mismo número; esta humildad de la familia, de la clase, del Estado, de la sociedad humana entera, que, a medio camino entre el orgullo y el envilecimiento, sabe vencer y deshacer la alianza que tan fácilmente contraen entre sí aquellos extremos. El hombre, no sólo individual, sino social, debe reconquistar la noción exacta de su ser, de su misión, de su verdadero destino. *Debe saber y reconocer lo que es* para poder responder al llamamiento, a la vocación de Dios.

Jaime Bofill

HUMILDAD ONTOLOGICA

La oración de todas las criaturas

SALMO 103

¡BENDICE, alma mía, al Señor!
¡Señor, Dios mío, eres grande en extremo!
Vestido estás de majestad y de hermosura,
envuelto en luz como en un manto.
Desplegaste los cielos como un pabellón,
construiste sobre las aguas tus moradas.
Haces de las nubes tu carroza,
avanzas sobre las alas del viento.
Haces de los vientos tus mensajeros,
y del fuego ardiente tus ministros.
Fundaste la tierra sobre sus basas:
nunca jamás vacilará.
La cubriste del océano como de un vestido,
las aguas se mantuvieron sobre las montañas.
Al increparlas Tú huyeron,
a la voz de tu trueno se azoraron.
Subieron los montes, bajaron los valles
al lugar que les habías señalado.
Fijaste un lindero que no pueden traspasar,
para que no vuelvan a cubrir la tierra.
Mandas que de las fuentes nazcan los arroyos
que corren entre las montañas,
abrean a todas las bestias de los campos:
los asnos salvajes apagan su sed;
a su vera moran las aves del cielo,
dejan oír su voz entre las ramas.
Riegas los montes desde tus moradas,
la tierra se sacia del fruto de tus obras.
Produces la hierba para las bestias,
y las plantas para servir al hombre,
para que saque el pan de la tierra,
y el vino que alegre el corazón del hombre;
para que con aceite haga brillar su rostro,
y el pan robustezca el corazón del hombre.
Sáciense los árboles del Señor,
y los cedros del Líbano que Él plantó.

Allí las aves hacen sus nidos;
 los abetos son la morada de la cigüeña.
 Para las cabras monteses las altas montañas,
 para los damanes las peñas ofrecen refugio.
 Hiciste la luna para señalar los tiempos;
 el sol conoció su ocaso.
 Cuando extiendes las tinieblas y se hace noche,
 en ella andan vagando
 todas las bestias de la selva.
 Los cachorros de los leones rugen por la presa,
 y piden a Dios su alimento.
 Cuando sale el sol se retiran,
 y se acuestan en sus guaridas
 Sale el hombre a su trabajo
 y a sus labores hasta la tarde.
 ¡Cuán numerosas son tus obras, Señor!
 todas las hiciste con sabiduría:
 la tierra está llena de tus criaturas.
 Allí está el mar, grande y anchuroso:
 hay en él peces sin número,
 animales pequeños y grandes.
 Por él discurren los navíos,
 el Leviatán, que hiciste para que en él retoce.
 Todos esperan de Ti
 que les des a su tiempo el alimento.
 Al dárselo Tú, lo recogen;
 al abrir tu mano, se hartan de bienes.
 Si escondes tu rostro, se conturban;
 si les quitas su espíritu, fenecen
 y se vuelven a su polvo.
 Si envías tu espíritu, son creados,
 y renuevas la faz de la tierra.
 Sea eterna la gloria del Señor:
 alégrese el Señor en sus obras,
 Él, que mira a la tierra, y se estremece,
 toca las montañas, y humean.
 Cantaré al Señor mientras yo viva,
 entonaré salmos a mi Dios mientras exista.
 Séale agradable mi cantar:
 yo tendré mi alegría en el Señor.
 Desaparezcan los pecadores de la tierra,
 y no haya ya más impíos;
 ¡bendice, alma mía, al Señor ¡Aleluya!

HUMILDAD PERSONAL

El testamento de un pensador contemporáneo

«La oración concebida como suprema entrega nos hace sosegados, nos hace como niños, nos hace objetivos...» «Es el rasgo característico de la suprema humildad del espíritu...»

PALABRAS DE DESPEDIDA DE PETER WUST A SUS DISCIPULOS

Münster, 18 de diciembre de 1939.

Mis queridos discípulos: Ya el 16 de febrero de este año me despedí de ustedes en la cátedra, después de la lección de la mañana. Un oscuro presentimiento me decía entonces que era la última vez que se me permitía hablarles.

Vinieron luego los grandes dolores y las profundas tinieblas de la enfermedad que Dios tuvo a bien enviarme. Vino todo como tenía que venir, según los designios de la sabiduría y del amor divino.

En estos últimos meses, desde el círculo de mis discípulos se me ha pedido reiteradamente que les dirigiera todavía unas palabras de despedida, de suprema despedida. Como mis fuerzas han disminuido ya mucho, me resulta fatigoso concentrarme para semejante «epílogo». Por lo demás, no puede ser gran cosa lo que aun intentaré decirles. Pero, sin duda, será bastante para que comprendan el amor que desde hace nueve años me unía y todavía hoy me une a ustedes.

En primer lugar, doy las gracias a todos mis queridos discípulos y discípulas (pues no me dirijo sólo a los señores de la Facultad de Teología, sino a los alumnos de todas las Facultades) por la constante fidelidad y amor y adhesión con que, durante todos estos años de mi actividad docente en Münster, me han hecho dichoso. Procuraré pagarles esta fidelidad desde la otra vida, tan pronto como haya concluido mi lucha. Hasta ahora, vivo equi en pleno Adviento, y, mientras tanto, tienen que pedir para mí ustedes, mis queridos discípulos y discípulas, fuerza y perseverancia. Porque estoy completamente sometido al sufrimiento, como para mí lo ha dispuesto el Padre Eterno.

A veces, sin embargo, siento un consuelo especial pensando que mi propio tiempo de Adviento coincide en esta ocasión tan exactamente con el Adviento de toda la Iglesia. Y también es consolador el pensamiento de que todos juntos estamos pasando la etapa más rigurosa del Adviento occidental, la grande y muy significativa tribulación de Europa, para que, después del fracaso de la Ilustración, vuelva a meditar una vez más sobre la sencilla herencia de Belén: «*Et in terra pax hominibus bonae voluntatis.*»

«Metanoéite» —he aquí la llamada que desde los días de Napoleón resuena cada vez con más fuerza en los oídos de la intelectualidad europea. «Metanoéite» —, esta llamada resuena a lo largo de todo el siglo XIX y se amplifica en el siglo XX hasta convertirse en la explosión atronadora de las dos guerras mundiales. Cada vez es mayor el asombro que se siente al volver la mirada sobre los últimos ciento cincuenta años y ver cómo, al principio, sólo unos cuantos individuos, pero, luego, sectores cada vez más amplios de la intelectualidad europea comenzaron a vislumbrar

el hecho de que la época que prescindió de Cristo no ha traído, en resumidas cuentas, aquella libertad que tanto se habían prometido en ella.

Un gesto de amargura comienza a dibujarse en el semblante de esta intelectualidad, y lo que esta amargura significa está perfectamente resumido en aquella profunda sentencia que San Agustín, movido por la propia experiencia, plasmó en sus *Confesiones*:

Iussisti enim, Deus, ut sibi ipse sit sua poena omnis inordinatus animus.

«Has dispuesto, ¡oh, Dios!, que todo espíritu desordenado sea su propio castigo.»

La intelectualidad occidental acredita, sin quererlo, en las duras luchas espirituales de los siglos XIX y XX, la verdad de este profundo, conmovedoramente profundo, pensamiento de San Agustín.

Una verdadera multitud de fracasados puede verse en Europa desde el Romanticismo, y el número de estas inteligencias fracasadas se acrecienta a medida que nos acercamos a los umbrales de nuestro tiempo. Pero estos fracasados fracasan todos en el problema «Dios y espíritu», ya sea que desesperen del espíritu y de Dios al mismo tiempo, fracasando así, en definitiva, contra Dios mismo, ya sea que, reconociendo al fin la impotencia del espíritu humano, se echen en brazos de Dios de cualquier modo. Nietzsche puede ser representante del primer grupo, en cuanto podemos seguir el curso de su vida. Kierkegaard pertenece a los representantes del segundo. Por eso no es casualidad que precisamente el concepto del fracaso desempeñe tan gran papel en la filosofía actual, y, por cierto, en el doble sentido, difícilmente discernible, de sus oscilaciones entre los dos grupos de los que fracasan contra Dios o en los brazos de Dios.

Pensamientos de Adviento son, pues, como ven ustedes, los que me han ocupado por completo en las últimas semanas, sobre todo en las largas noches de dolor y de insomnio: pensamientos de Adviento resumidos en el imperioso «metanoéite» que, desde los días de la vejez de Goethe, desde los días de Hölderlin y de Novalis y de Heinrich von Kleist hasta los nuestros, hasta Heidegger y Jaspers y Karl Barth, ha movido interiormente a los espíritus de vivencias más hondas a un gran cambio en la orientación de su existencia.

Pero estos pensamientos de Adviento los vivo yo también aquí, en mi lecho de dolor, como alegría por el cumplimiento de aquello que late en el «metanoéite» como objeto de suprema añoranza. Pues ha llegado ya, mis queridos discípulos, lo que todos nosotros buscamos con tanto anhelo:

Apparuit benignitas et humanitas Salvatoris nostri.

Estoy agradecido a Dios Nuestro Señor, en estos días

MAGNIFICAT ANIMA MEA, DOMINUM

Mi alma glorifica al Señor:
y mi espíritu está transportado
de gozo en el Dios salvador mío.
Porque ha puesto los ojos
en la baja de su esclava:
por tanto, ya desde ahora me llamarán
bienaventurada todas las generaciones.
Porque ha hecho en mí cosas grandes
aquel que es todopoderoso,
cuyo nombre es santo,
y cuya misericordia se derrama
de generación en generación
sobre los que le temen.
Hizo alarde del poder de su brazo,
deshizo las miras
del corazón de los soberbios.
Derribó del solio a los poderosos
y ensalzó a los humildes
colmó de bienes a los hambrientos:
y a los ricos los despidió sin nada.
Acordándose de su misericordia,
acogió a Israel su siervo,
según la promesa
que hizo a nuestros padres,
a Abraham y a su descendencia
por los siglos de los siglos.



de sufrimiento, especialmente por dos cosas. Primero, porque a lo largo de mi vida me ha ido haciendo ver cada vez más claramente la verdad de todo lo que se refiere a Cristo.

Segundo, porque durante los nueve años de mi actividad docente en Münster me ha dado la fuerza y la gracia de confesar esta verdad desde mi cátedra, públicamente y sin el menor reparo. Sé que esta confesión era con frecuencia muy difícil, porque era muy peligrosa. Pero, con el apoyo de la Gracia, he arrojado todos los peligros, y ahora sé que «*non confundar in aeternum*».

Y si ustedes me preguntaran ahora, antes de que me vaya y me vaya definitivamente, si no conozco una llave mágica que puede abrirle a uno la última puerta para llegar a la Sabiduría de la Vida, yo les diría: «Ciertamente.» Y esta llave mágica no es, por cierto, la reflexión, como tal vez podrían esperar ustedes, tratándose de un filósofo, sino la oración. La oración, concebida como suprema entrega, nos hace sosegados, nos hace como niños, nos hace

objetivos. Para mí, el hombre penetra cada vez más profundamente en el ámbito de lo humano —no del humanismo— en la medida en que es capaz de orar, y aquí me refiero sólo a la *oración genuina*. La oración es el rasgo característico de la suprema humildad del espíritu. Las grandes cosas de la existencia sólo se otorgan a los espíritus que oran. Y donde mejor se aprende a orar es en el sufrimiento... Lean ustedes lo que en el *Librito de la Sabiduría Divina* (1.^a parte, cap. XIII) dice el Beato Enrique Susón sobre la nobleza del dolor temporal y su relación con la oración.

Y con esto, mis queridos discípulos y discípulas, quiero cerrar mi «epilogo». Acaso pueda celebrar aún por una vez las Navidades con ustedes en este mundo. Les ruego, pues, que en estos próximos días recen una vez más por mí muy especialmente.

Les deseo a todos todo género de bienes para el futuro.

Y ahora les saludo una vez más muy cordialmente con un alegre y confiado «¡hasta la vista!»

HUMILDAD PERSONAL DEL GOBERNANTE**MISERERE MEI, DEUS!**

El «Miserere» es un comentario magnífico a la palabra «Peccavi», que pronunció David después de reconocer la enormidad de su culpa. Los sentimientos que en él se expresan son admirables: el más sincero arrepentimiento, la confesión humilde, la confianza en Dios; la súplica ardiente, las promesas de una vida santa; todo esto revestido de un estilo y de unas imágenes que los literatos celebran a porfía. No podría formularse un acto de contrición más perfecto.

Lo que había hecho David fué desagradable a los ojos de Yahvé; y Yahvé le envió Natán, para decirle: «Juzga este caso: Había en una ciudad dos hombres, el uno rico y el otro pobre. El rico tenía muchas ovejas y muchas vacas, y el pobre no tenía más que una sola ovejuela, que él había comprado y criado, que con él y con sus hijos había crecido juntamente, comiendo de su pan y bebiendo de su vaso y durmiendo en su seno, y era para él como una hija. Llegó un viajero a casa del rico; y éste, no queriendo tocar a sus ovejas ni a sus bueyes, para dar de comer al viajero que a su casa llegó, tomó la ovejuela del pobre y se la aderezó al huésped.» Encendido David fuertemente en cólera contra aquel hombre, dijo a Natán: «¡Vive Yahvé, que el que tal hizo es digno de la muerte, y que ha de pagar la oveja con siete tantos encima, por haber hecho tal cosa, obrando sin piedad!» Natán dijo entonces a David: «¡Tú eres ese hombre! He aquí lo que dice Yahvé, Dios de Israel: Yo te ungué rey de Israel, y te libré de las manos de Saúl; yo te he dado la casa de tu señor, y he puesto en tu seno las mujeres de tu señor, y te he dado la casa de Israel y de Judá; y por si esto fuera poco, te añadiría todavía otras cosas mucho mayores. ¿Cómo, pues, menospreciando la palabra de Yahvé, has hecho lo que es malo a sus ojos? Has herido a espada a Urías, geteo; tomaste por mujer a su mujer, y a él le mataste con la espada de los hijos de Ammón. Por eso, no se apartará ya jamás de tu casa la espada, por haberme menospreciado, tomando por mujer a la mujer de Urías, geteo. Así dice Yahvé: Yo haré surgir el mal contra ti, de tu misma casa; porque tú has obrado ocultamente, yo haré esto a la presencia de todo Israel y a la cara del sol.»

David dijo a Natán: «HE PECADO CONTRA YAHVÉ.»

(SAMUEL, II, 12, 1-13)

SALMO 50

De David, cuando vino a él el profeta Natán, después que pecó con Betsabé

TEN piedad de mí, oh Dios,
según tu misericordia;
según la muchedumbre de tus piedades,
borra mi iniquidad.

Lávame plenamente de mi culpa,
y límpiame de mi pecado.
Pues yo reconozco mi iniquidad,
y mi pecado está siempre en mi presencia,
contra Tí solo pequé,
y cometí lo que es malo ante tus ojos,
para que aparezcas justo en tu sentencia,
recto en tu juicio.

Mira que en culpa nací,
y en pecado me concibió mi madre.
Mira que te complaces en la sinceridad de corazón,
y en el fondo de mi alma me enseñas la sabiduría.
Rociame con el hisopo, y quedaré limpio;
lávame, y seré más blanco que la nieve.
Hazme sentir el gozo y la alegría,
alborócese los huesos que has quebrantado.
Aparta tu faz de mis pecados,
y borra todas mis culpas.

Un corazón limpio crea en mí, oh Dios,
y un espíritu firme renueva en mi interior.
No me arrojes de tu faz,
y no retires de mí tu santo espíritu.
Devuélveme la alegría de tu salud,
 fortaléceme con un espíritu generoso.
Enseñaré a los malvados tus caminos,
y los pecadores se convertirán a Tí.
Librame de la pena de sangre, oh Dios,
Dios salvador mío:
alborócese mi lengua por tu justicia.
Señor, abrirás mis labios,
mi boca anunciará tus alabanzas.
Pues no te deleitas en el sacrificio;
y si ofreciere un holocausto, no lo aceptarías.
Mi sacrificio, oh Dios, es un espíritu contrito,
un corazón contrito y humillado, oh Dios,
no lo desdeñarás.
Trata benignamente, Señor, por tu bondad, a Sion,
reconstruyendo los muros de Jerusalén.
Entonces aceptarás sacrificios legítimos,
ofrendas y holocaustos,
entonces ofrecerán becerros en tu altar.

HUMILDAD SOCIAL

LA ORACION HUMILDE DEL GOBERNANTE IMPLORA LA MISERICORDIA DE DIOS SOBRE SU PUEBLO

El Rey Salomón, en la dedicación del Templo de Jerusalén, ora en nombre de Israel.

**«Si pecaren contra Ti y los entregares a sus enemigos,
y se convirtieren y oraren a Ti... perdona a tu pueblo.»**

Entonces dijo Salomón: «Yahvé ha dicho que habitaría en la obscuridad, y yo he edificado una casa de morada para que él la habite para siempre.» Luego el rey, volviéndose a toda la asamblea, la bendijo, estando toda en pie; y prosiguió:

«Bendito Yahvé, Dios de Israel, que ha cumplido lo que por su boca prometió a David, mi padre, diciendo: “Desde que saqué de Egipto a mi pueblo, ninguna ciudad elegí de las tribus de Israel para edificar casa donde estuviese mi nombre, ni elegí varón que fuese príncipe de mi pueblo Israel: pero elijo a Jerusalén, para que en ella esté mi nombre, y elijo a David, para que esté a la cabeza de mi pueblo Israel.” David, mi padre, tuvo el propósito de edificar casa al nombre de Yahvé, Dios de Israel; pero Yahvé dijo a David, mi padre: “Bien has hecho en querer edificar casa a mi nombre; bueno ha sido este propósito, pero no serás tú quien edifique la casa, sino tu hijo, salido de tus entrañas; ése será quien edificará casa a mi nombre.” Yahvé ha cumplido lo que dijo, pues me levanté yo en lugar de David, mi padre, y me he sentado en el trono de Israel, como Yahvé había dicho, y he edificado casa al nombre de Yahvé, Dios de Israel, y he puesto en ella el arca, en la cual está el pacto de Yahvé, concertado con los hijos de Israel.»

Púsose luego Salomón delante del altar de Yahvé, en presencia de toda la asamblea de Israel; y tendiendo sus manos —pues había hecho un estrado de bronce de cinco codos de largo, otro tanto de ancho y tres de alto, que había mandado poner en medio del templo— y puesto en pie, arrodillóse luego, vuelto a toda la muchedumbre; y alzando las manos al cielo, dijo:

«Yahvé, Dios de Israel: no hay Dios semejante a ti, ni en el cielo ni en la tierra; tú guardas la alianza y la misericordia a tus siervos, que andan delante de ti con todo su corazón; otorgaste a David, mi padre, todo cuanto le prometiste, y has puesto por obra cuanto de palabra le dijiste, como lo vemos hoy. Cumple, pues, ahora, Yahvé, Dios de Israel, todo cuanto a David, mi padre, tu siervo, prometiste, diciendo: “No faltará de ti varón delante de mí, que se sienta en el trono de Israel, siempre que tus hijos guarden sus caminos, andando en mi ley, como has andado tú delante de mí.” Ahora, pues, ¡oh, Yahvé, Dios de Israel!, que se cumpla la palabra dada a tu siervo David.

»¿Pero en verdad habitará Dios con el hombre en la tierra? Los cielos, y los cielos de los cielos, no pueden contenerte; ¡cuánto menos esta casa que yo he edificado! Pero atiende, ¡oh, Yahvé, mi Dios!, a la oración de tu siervo y a su súplica; oye el clamor y la oración con que tu siervo ora delante de ti, y que tus ojos estén siempre abiertos sobre esta casa día y noche, sobre este lugar de que has dicho: allí estará mi nombre; y que oigas la oración que en este lugar ora tu siervo. Oye asimismo el ruego de tu siervo y de tu pueblo Israel, cuando oren en este lugar; oye tú desde lo alto de los cielos, desde el lugar de tu morada; oye y perdona.

»Si alguno pecare contra su prójimo, y él le pidiera que jure con juramento, y vinieren a jurar ante tu altar en esta casa, óyelo desde los cielos, y obra y juzga a tu siervo, dando su merecido al impío, haciendo recaer su

impiedad sobre su cabeza, y justifica al justo, retribuyéndole según su justicia.

»Cuando tu pueblo Israel cayere delante de sus enemigos, por haber prevaricado contra ti, y convirtiéndose, confesaren tu nombre y rogaren delante de ti en esta casa, óyelos desde los cielos, y perdona el pecado de tu pueblo Israel, y vuélvelos a la tierra que a ellos y a sus padres les diste.

»Si se cerraren los cielos y no hubiere lluvias, por haber pecado contra ti, y oraren a ti en este lugar, y confesaren tu nombre, convirtiéndose de sus pecados al afligirlos tú; oye en los cielos, y perdona el pecado de tus siervos y de tu pueblo Israel, y enséñales el buen camino, para que anden por él, y dales la lluvia sobre la tierra, la que por heredad diste a tu pueblo.

»Si hubiere hambre en la tierra, o pestilencia o tizón, o añublo, o langosta, o pulgón, o el enemigo los cercare en su tierra, en sus ciudades, o hubiere otra cualquiera plaga o enfermedad; si un hombre, o todo Israel, hace oraciones y súplicas, y reconociendo su llaga y su dolor, tendiere sus manos hacia esta casa; óyelo desde los cielos, desde el lugar de tu morada, y perdona y da a cada uno conforme a sus caminos, según su corazón; pues sólo tú conoces el corazón de los hijos de los hombres; para que te teman, y anden por tus caminos todos los días de su vida, en la tierra que diste a nuestros padres.

»Cuando el extranjero, que no es tu pueblo Israel, venido de lejanas tierras por la fama de tu nombre y de tu fuerte mano y tu tendido brazo, viniere a orar en esta casa; óyelo tú desde los cielos, desde el lugar de tu morada, y haz lo que con clamores te pida el extranjero, para que todos los pueblos de la tierra conozcan tu nombre y te teman, como tu pueblo Israel, y sepan que tu nombre es invocado sobre esta casa que yo te he edificado.

»Si saliere tu pueblo a la guerra contra sus enemigos, por el camino que le señales, y oraren a ti, hacia esta ciudad que tú has elegido, hacia la casa que a tu nombre he edificado; oye tú desde los cielos su oración, su ruego, y ampara su derecho.

»Si pecaren contra ti —pues no hay hombre que no peque—, y airado contra ellos los entregares a sus enemigos, que los lleven cautivos a tierra enemiga, lejana o cercana, y ellos, volviendo en sí en la tierra adonde fueren llevados cautivos, se convirtieren y oraren a ti en la tierra de su cautividad, y dijeren: Hemos pecado, hemos obrado inicua e impiamente; si se convirtieren a ti de todo corazón y con toda su alma en la tierra de su cautividad, donde los hubieren llevado cautivos, y oraren hacia su tierra, la que diste a sus padres, hacia la ciudad que tú has elegido, y hacia esta casa que yo he edificado a tu nombre; oye tú desde los cielos, desde el lugar de tu morada, su oración y su ruego, y perdona a tu pueblo que pecó contra ti. Ten, pues, ¡oh, Dios mío!, abiertos tus ojos y atentos tus oídos a la oración hecha en este lugar.

»¡Oh, Yahvé, Dios! Levántate y ven a tu lugar de reposo, tú y el arca de tu majestad. Que tus sacerdotes, Yahvé Dios, se revistan de salud, y tus santos gocen de tus bienes.

»¡Yahvé, Dios!, no rechaces a tu ungido; acuérdate de tus misericordias a David, tu siervo.»

(CRÓNICAS, II, 6, 1-42)

«Un príncipe tan grande por su humildad...»

El Imperio Romano, en la persona del Emperador Teodosio, se humilla ante la autoridad de la Iglesia, custodia y definitivo refugio del derecho

Todavía fué más grave su reprensión por los *asesinatos de Tesalónica*; San Ambrosio se mostró entonces como refugio del Derecho humano.

Pues en aquella ciudad el jefe de las tropas, *Botarich* tenía un hermoso muchacho que excitó la pasión de un auriga del circo. Botarich hizo echar a la cárcel al impudente y no hizo caso del griterío de la multitud, que clamaba en las carreras por su favorito. Con esto, el pueblo se exasperó tanto, que se arrojó sobre la pequeña guarnición, asesinando a Botarich con sus oficiales, y arrastró por las calles sus cadáveres. *Teodosio* recibió en Milán la noticia de estos excesos. *Rufino* ayudó a inflamar todavía más su enojo, y se le dió el mandato de ejecutar el más terrible castigo. Los habitantes de Tesalónica fueron atraídos al circo y cuando estuvo lleno se dió a los soldados la señal de acuchillarlos. Durante tres horas se entregaron a la matanza sin distinguir culpables de inocentes, ni edades ni sexos; 7.000 hombres, y según otros, 15.0000, cayeron como víctimas sacrificadas en expiación de Botarich y sus oficiales.

Un clamor de indignación resonó en todo el Imperio. Habían pasado ochenta años desde que se había puesto en

el estandarte imperial la señal de Cristo, y ahora se había ejecutado un hecho sangriento digno de los tiempos de Nerón o Caligula. Espontáneamente, todas las miradas se dirigieron a San Ambrosio, que, por otra parte, era favorecido por el Emperador. Su posición de obispo, su honor como amigo de Teodosio, exigían que amonestara a éste por su falta. Teodosio se encaminó a Milán. Ambrosio le evitó y se dirigió al campo, y desde allí envió al Emperador un escrito que debía leer él sólo. Con el calor de la amistad, con el respeto de vasallo, con la unción de sacerdote, pintó a Teodosio la impresión que había producido en los ánimos la sangrienta hazaña. Ningún sacerdote de su diócesis le daría la absolución; él mismo no se atrevía a ofrecer el santo Sacrificio en su presencia; ya la sangre de un solo muerto injustamente se lo prohibiría, cuánto más la sangre de tantos inocentes. Le recordó el ejemplo de David, y la necesidad de la penitencia a que le exhortaba.

Pero la esperanza del Santo de que el Emperador procuraría la expiación espontáneamente, no se cumplió por lo pronto. Teodosio parece haber mostrado la carta a sus privados y haber sido alentado por ellos para no cuidarse de las amenazas del obispo. Como para mostrar que nadie tenía derecho a vituperarle, al siguiente viernes el Emperador se dirigió a la iglesia con gran comitiva y el ornato acostumbrado. Ya había pasado las puertas del vestibulo, y se acercaba a la entrada del templo, cuando le salió al encuentro San Ambrosio con los ornamentos episcopales, y le dijo con gravedad sacerdotal: «Veo, por desgracia, oh, Emperador, que no mides la gravedad del hecho sanguinario que por ti fué ordenado, y que tu espíritu no comprende la grandeza del pecado, aun cuando tu ira se ha aplacado ya. Acaso la extensión de tu poder te impide reconocer tu falta, y la libertad de hacer cuanto quieres obscurecer tu vista. Pero piensa que eres mortal como nosotros, que has de volver un día al polvo de que todos hemos sido formados, y que el brillo de tu púrpura cubre un cuerpo débil. Piensa en los hombres sobre quienes reinas y que son, como tú, hijos de un mismo Criador y Rey. ¿Con qué ojos quieres contemplar ahora el templo de este común Señor? ¿Cómo osarás poner los pies en su santuario? ¿Cómo osarán tus manos elevarse a él cuando todavía chorrean sangre de inocentes? ¿Cómo quieres recibir el Cuerpo del Señor, acercar al cáliz tus labios, de los cuales salieron las órdenes para el asesinato de tantos inocentes? No añadas un nuevo crimen al que ya te apegas, retírate y sométete a la penitencia que te impone Dios, pues es el remedio para tu alma enferma. Si has pecado como David, imítale también en la penitencia.» El Emperador quedó conmovido, sintió que el obispo no hacía sino cumplir con su deber y se volvió con lágrimas en los ojos. Pero pasaron meses sin que él se presentara en la iglesia ni el obispo en palacio. Cada uno guardaba silencio sobre el otro. ¿Qué pasó en el ánimo de Teodosio? No lo sabemos, pero sí que al fin venció la fe sobre los movimientos del orgullo y la ira.

Ya se acercaba el fin del año. En la fiesta de la Navidad, el camarero Rufino halló al Emperador por la mañana bañado en lágrimas. El semblante de Rufino dejó



San Ambrosio y el Emperador Teodosio

asomar una expresión burlona. Teodosio le dijo: «Tú te ríes y no sientes mi desdicha. La iglesia de Dios está hoy abierta para los esclavos y mendigos; a cada hora pueden acudir a rogar al Señor; pero para mí está cerrada y con ella la puerta del Cielo, pues Cristo ha dicho: lo que atareis en la tierra será atado en el Cielo.» Rufino repuso: «No hay que tomar esto tan a la letra; yo reduciré a Ambrosio a que te absuelva.» «No —replicó Teodosio—; yo le conozco. Por temor del poder imperial no hará cosa alguna contra la ley de Dios.» «Ya lo veremos», observó el Camarero, y corrió a la iglesia. «¿Qué quieres tú aquí —le dijo San Ambrosio— y qué significa tu aspecto descarado? Es sabido que tú aconsejaste al Emperador el sanguinario mandato, y ¿no te oprime la memoria de ello?» «El Emperador viene en pos de mí; no le rechaces.» «Si viene le haré salir del vestíbulo, y si quiere obrar como tirano habrá de herirme primero a mí.» Rufino corrió a Teodosio, que se acercaba al templo, y le aconsejó que se

volviera, pues con el Obispo nada había que hacer. «No, ya no puedo tolerar esta pena —dijo Teodosio—; voy, y haré lo que él quiera.» El Emperador se detuvo a las puertas. San Ambrosio estaba en el vestíbulo. «Aquí estoy, librame de mi pecado.» «¿Cómo te atreves a acercarte al lugar sagrado? ¿Dónde está tu penitencia?» «Dime lo que he de hacer y practicaré la penitencia.» Entonces el Obispo aconsejó se ordenara que, en lo futuro, hubieran de transcurrir treinta días entre una sentencia capital y la ejecución de ella, y que, entretanto, se hubiera de presentar todavía de nuevo al Emperador el fallo para su confirmación. La ley se publicó, luego el Emperador volvió a la iglesia, se postró en tierra con oraciones y lágrimas, y no se levantó hasta que comenzó el santo Sacrificio para ocupar su asiento en el santuario. San Ambrosio hizo sacar el trono del Coro, pues la púrpura hace Emperadores, pero no sacerdotes. Y en adelante cesó el uso bizantino de colocar el trono del Emperador en el Coro.

Weiss, HISTORIA UNIVERSAL.

Trasladémonos al año 395. Acaba de reñirse la batalla de «Flumen frigidum» entre las fuerzas del Emperador Teodosio y las tropas de Eugenio y Arbogasto, corifeos de la restauración pagana en Roma, usurpadores de la púrpura del augusto de Occidente Valentiniano II. Después de un amago de derrota y de otra acción indecisa, Teodosio consigue la victoria.

Desde el campo de batalla, Teodosio anunció la victoria a su amigo el santo arzobispo de Milán, el cual le contestó: «Yo puse tu carta en el altar, y la he tenido en la mano mientras ofrecía el santo Sacrificio, para que tu fe hablara por mi boca. Verdaderamente, Dios mira con misericordia al Imperio romano, pues le da un príncipe tal, cuyas virtudes y *humildad* alcanzan tal altura que no las sobrepuja ningún Emperador ni sacerdote. ¿Qué me queda que desear? Todos mis deseos se han cumplido en ti.» Luego le exhorta a usar de blandura, y este consejo fué seguido a la letra. A ninguno de los vencidos hizo daño; Arbogasto y Eugenio fueron las únicas víctimas. En la iglesia de Milán se fijó la promesa de una amnistía general. Los hijos de Eugenio y Arbogasto, que, aunque paganos, habían

buscado un asilo en la Iglesia, fueron tratados benignamente y conservaron su hacienda paterna. Esta blandura ganó a Teodosio hasta los corazones de los vencidos.

El júbilo fué indescriptible; sólo el vencedor estaba grave cuando entró en triunfo en Milán al lado de San Ambrosio. Le asaltó un presentimiento de muerte y se le cumplió demasiado presto. Teodosio murió en Milán el 17 de enero de 395. El dolor fué general y rayano con la desesperación. San Ambrosio, en su hermosa oración fúnebre «*De obitu Theodosii*», dió la verdadera consagración al sentimiento público. Es un monumento inmortal de la grandeza de su ánimo y del Emperador.

El Imperio estaba de nuevo unido, y el paganismo se dirigía a su fin.

Weiss, HISTORIA UNIVERSAL.

Es preciso proponer a los fieles el **Reinado del amor de Cristo.**

Cuyo advenimiento puede ser acelerado con nuestras oraciones y reparaciones lo mismo que con nuestra acción y apostolado.

La devoción al Sagrada Corazón debe proponerse, en efecto, no tan sólo como una devoción de penitencia, sino de **íntima confianza y esperanza.**

Esta esperanza debe encender a los hombres en un gran deseo de vivir una vida verdaderamente cristiana y de colaborar con el apostolado de la Iglesia. Pues saben que con este medio

SE ACELERA EL ADVENIMIENTO DEL REINADO DE CRISTO, EL TRIUNFO DE SU AMOR.

Comentarios a la Proclama de una **Cruzada de Oración**

(Véase CRISTIANDAD, 15 de diciembre de 1949)

Humilde y cristiana muerte de dos grandes reyes de Castilla

Fernando I de Castilla

Llegó Fernando a León un sábado, 24 de diciembre de 1065. A pesar de su quebrantadísima salud, su primera visita fué al templo de San Isidoro, donde, arrodillado ante los sepulcros de los santos mártires, hizo fervorosa oración a Dios por su alma. De allí pasó al palacio a reposar algunas horas. A media noche se hizo conducir otra vez a la iglesia, donde asistió a la misa solemne de la Natividad del Señor, y después de haber comulgado hubo que llevarle en brazos a su lecho. A la mañana siguiente, al apuntar el día, presintiendo cercano su fin, convocó a los obispos, abades y religiosos de la corte para que fortificasen su espíritu en aquel trance supremo, y todavía otra vez se hizo transportar al templo en compañía de aquellos venerables varones, revestido de todas las insignias reales. Allí, arrodillado ante el altar de San Juan, alzando los ojos al cielo, pronunció con voz clara y serena estas memorables palabras: «VUESTRO ES EL PODER, SEÑOR, VUESTRO ES EL REINO, VOS SOIS SOBRE TODOS LOS REYES, Y TODOS LOS IMPERIOS DEL CIELO Y DE LA TIERRA ESTAN SUJETOS A VOS. YO OS DEVUELVO, PUES, EL QUE DE VOS HE RECIBIDO, Y QUE HE CONSERVADO TODO EL TIEMPO QUE HA SIDO VUESTRA DIVINA VOLUNTAD. RUEGOOS, SEÑOR, OS DIGNEIS SACAR MI ALMA DE LOS ABISMOS DE ESTE MUNDO Y RECIBIRLA EN VUESTRO SENO.» Y dicho esto, se desnudó del manto real, se despojó de la corona de piedras preciosas que ceñía su frente, y recibiendo el óleo santo de mano de los obispos, TROCO EL MANTO POR EL CILICIO Y LA DIADEMA POR LA CENIZA, Y PROSTERNADO Y CON LAGRIMAS IMPLORO LA MISERICORDIA DEL SEÑOR, a quien entregó su alma a la hora sexta del tercer día de Pascua, fiesta de San Juan Evangelista.

Fernando III el Santo

Atacado de penosa enfermedad en Sevilla (Fernando III el Santo), cesó el guerrero, el triunfador, el conquistador insigne, y comenzó el hombre devoto, el piadoso monarca, el héroe cristiano. Cuando vió al obispo de Segovia acercarse a su alcoba llevando en sus manos la hostia sagrada, arrojóse el rey del lecho del dolor en que yacía, postróse en el suelo ante la majestad divina, y con una humilde soga al cuello, tomando con sus trémulas manos el signo de nuestra redención y haciendo una fervorosa protestación de fe, recibió con avidez el santo viático: después de lo cual, MANDANDO QUE APARTASEN DE SU CUERPO Y DE SU VISTA TODA OSTENTACION O SIGNO DE MAJESTAD, pronunció aquellas edificantes palabras: «Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo he de volver al seno de la tierra.»

Rodeáronle en el lecho mortuario sus hijos don Alfonso, don Fadrique, don Enrique, don Felipe y don Manuel, habidos de su primera esposa doña Beatriz (don Sancho no se hallaba allí, sino en Toledo, de donde era arzobispo electo, como don Felipe lo era de Sevilla); don Fernando, doña Leonor y don Luis, hijos de doña Juana. Hallábase también esta señora vertiendo copioso llanto a la cabecera del lecho de su moribundo esposo. A todos les dió el rey su bendición; y después de dirigir a su primogénito y sucesor don Alfonso un tierno razonamiento lleno de piadosas máximas y de saludables lecciones para el gobierno del reino que estaba llamado a regir, despidió a toda su amada familia, y quedando solo con el arzobispo y el clero, pidió una candelera, tomola en su mano, ordenó que entonasen el TE DEUM LAUDAMUS, como quien iba a gozar del mayor de los triunfos, y entre los cantos sagrados de los sacerdotes entregó su alma al Redentor el mayor monarca que hasta entonces había tenido Castilla, el jueves 30 de mayo de 1252, a los 54 años no cumplidos de edad.

Modesto Lafuente, HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

«Y sabrán todos estos que no por la espada ni por la lanza salva Yahvé...»

«Yo voy contra ti en el nombre de Yahvé Sebaot, Dios de los ejércitos de Israel a los que has insultado.»

Los filisteos, juntando sus tropas para hacer la guerra, se reunieron en Soco, que pertenece a Judá. Acamparon entre Soco y Azeca, en Efes Domim. Reuniéronse también Saúl y los hombres de Israel, y vinieron al valle del Terebinto, y pusieron allí en orden de batalla contra los filisteos. Estaban éstos acampados en un monte opuesto, mediando entre ellos el valle, que los separaba. Salió al medio, de las filas de los filisteos, un hombre llamado Goliath, de Get, que tenía de talla seis codos y un palmo. Cubría su cabeza un casco de bronce y llevaba una coraza escamada, de bronce también, de cinco mil siclos de peso. A los pies llevaba botas de bronce, y a las espaldas un escudo, también de bronce. El asta de su lanza era como el enjullo de un telar, y la punta de la lanza, de hierro, pesaba seiscientos siclos. Delante de él iba su escudero. Goliath se paró, y dirigiéndose a las tropas de Israel, ordenadas en batalla, les gritó: «¿Para qué os habéis puesto en orden de batalla? ¿No soy yo un filisteo y vosotros siervos de Saúl? Elegid un hombre que baje a pelear conmigo. Si en la lucha me vence, que me mate y os quedaremos sujetos; pero si soy yo el que le venza y le mato a él, seréis vosotros los que nos quedaréis sujetos y nos serviréis.» El filisteo añadió: «Yo arrojo hoy este reto al ejército de Israel. Dadme un hombre y lucharemos.» Al oír las palabras del filisteo, Saúl y todo Israel se asombraron y se llenaron de miedo.

David era hijo de un efrateo, de Belén de Judá, que tenía ocho hijos, llamado Isai, y era al tiempo de Saúl uno de los hombres más ancianos. Los tres hijos mayores de Isai habían salido para la guerra, y se llamaban, el mayor, Eliab, el segundo, Abinadab, y Samma, el tercero. David era el menor; y cuando las tropas marcharon tras de Saúl, David iba y venía y apacentaba las ovejas de su padre en Belén. El filisteo salía de su campo mañana y tarde, y estuvo haciendo así por cuarenta días. Isai dijo a David, su



David

hijo: «Toma esa efa de trigo tostado y esos diez panes, y corre al campamento donde están tus hermanos; lleva también esos diez quesones, para el jefe de su millar. Visítalos a tus hermanos para ver cómo están, y les preguntas si quieren algo.» Saúl, ellos y todos los hombres de Israel, estaban en el valle del Terebinto, en campaña contra los filisteos.

David se levantó de madrugada; y dejando las ovejas al cuidado de un pastor, se fué, cargado de lo que le mandara Isai. Llegó al campamento cuando el ejército salía a ordenarse en batalla, lanzando sus gritos de guerra. Israelitas y filisteos se ordenaban en batalla, ejército contra ejército. David dejó los objetos que traía, en mano de un guardia del bagaje, y corrió hacia las filas del ejército. En cuanto lle-

gó, preguntó a sus hermanos cómo estaban; pero mientras hablaba con ellos, el filisteo de Get, Goliath, de nombre *el filisteo*, salió de las filas de los filisteos y se puso a decir lo de los otros días, oyéndolo David. En viendo a aquél, todos los hombres de Israel se retiraron ante él, temblando de miedo. Decíanse unos a otros: «¿Veis a ese hombre que avanza? Viene a desafiar a Israel. Al que le mate le colmará el rey de riquezas, le dará su hija por mujer y eximirá de tributos la casa de su padre.»

David preguntó a los que tenía cerca:

«¿Qué darán al que mate a ese filisteo y arranque a Israel la afrenta? ¿Quién es ese filisteo, ese incircunciso, para insultar así al ejército del Dios vivo?» La gente le repitió las mismas palabras, diciendo: «Esto es lo que harán al que lo mate.» Eliab, su hermano, que había oído hablar a aquellos hombres, se encendió en cólera contra David, y le dijo: «¿Para qué has bajado y a quién has dejado tu pequeño rebaño en el desierto? Conozco tu orgullo y la malicia de tu corazón. Para ver la batalla has bajado tú.» David le contestó: «¿Qué he hecho? Sencillamente hablar una palabra.» Y apartándose de él se dirigió a otro, haciéndole la misma pregunta, y recibió la misma respuesta.

Los que habían oído las palabras de David se las repitieron a Saúl, que le mandó venir. David dijo a Saúl: «Que no desfallezca el corazón de mi señor, por el filisteo ese. Tu siervo irá a luchar contra él.» Saúl le dijo: «Tú no puedes ir a batirte con ese filisteo; eres todavía un niño y él es hombre de guerra desde su juventud.» David dijo a Saúl: «Cuando tu siervo apacentaba las ovejas de su padre, y venía un león o un oso, y se llevaba una oveja del rebaño, yo le perseguía, le golpeaba y le arrancaba de la boca la oveja; y si se volvía contra mí, le agarraba por la mandíbula, le hería y le mataba. Tu siervo ha matado leones y osos; y ese filisteo, ese incircunciso, será como uno de ellos, pues ha insultado al ejército del Dios vivo.» Y añadió: «Yahvé, que me libró del león y del oso, me librerá también de la mano de ese filisteo.» Saúl entonces le dijo: «Ve, y que Yahvé sea contigo.»

Saúl hizo que vistieran a David sus ropas, púsole sobre la cabeza un casco de bronce y le cubrió de una co-



Goliath

raza. Después David se ciñó la espada de Saúl sobre sus ropas y probó de andar, pues nunca había ensayado la armadura; y dijo a Saúl: «No puedo andar con estas armas, no estoy acostumbrado»; y deshaciéndose de ellas, cogió su cayado, eligió en el torrente cinco guijarros bien lisos y los metió en su zurrón de pastor; y con la honda en la mano avanzó hacia el filisteo. El filisteo se acercó poco a poco a David, precedido de su escudero. Miró, vió a David, y le despreció por muy joven, de blondo y bello rostro. Dijole, pues: «¿Crees que soy yo un perro, para venir contra mí con un cayado?». «No—contestó David—, eres todavía peor que un perro.» Maldijole el filisteo por sus dioses, y añadió: «Ven, que dé tus carnes a las aves del cielo y a las bestias del campo.» David respondió al filisteo: «Tú vienes contra mí con espada, y lanza, y venablo, pero yo voy contra ti en el nombre de Yahvé Sebaot, Dios de los ejércitos de Israel, a los que has insultado. Hoy te entregará Yahvé en mis manos; yo te heriré, te cortaré la cabeza y daré tu cadáver y los del ejército de los filisteos, a las aves del cielo y a los animales de la tierra; y sabrá así toda la tierra que Israel tiene un Dios,

y sabrán todos éstos que no por la espada ni por la lanza salva Yahvé, porque él es el Señor de la guerra, y os entregará en nuestras manos.» El filisteo se levantó, se puso en marcha y avanzó hacia David. David echó a correr a lo largo del ejército, para ir al encuentro del filisteo; metió la mano en su zurrón, sacó de él un guijarro y lo lanzó con la honda. El guijarro se clavó en la frente del filisteo, y éste cayó de bruces a tierra. Así, David, con una honda y una piedra, venció al filisteo y le hirió de muerte. Corrió, parándose ante el filisteo; y no teniendo espada a la mano, cogió la de él, sacándola de la vaina, le mató y le cortó la cabeza. Viendo los filisteos muerto a su campeón, pusiéronse en fuga, y los hombres de Israel, levantándose y lanzando los gritos de guerra, persiguieron a los filisteos hasta la entrada de Get y hasta las puertas de Acarón, y cayeron filisteos en el camino de Saraim hasta Get y Acarón.

A la vuelta de la persecución de los filisteos, los hombres de Israel saquearon su campamento. David cogió la cabeza y las armas del filisteo, y tiempo después llevó a Jerusalén la cabeza, y las armas las puso en el tabernáculo.

(SAMUEL, I, 17, 1-54)

Los pueblos deben hacer penitencia pública si desean alcanzar la misericordia del Señor



Llegó por segunda vez a Jonás la palabra de Yave, diciendo: Levántate y ve a Nínive, la ciudad grande, y pregona en ella lo que yo te diré: Levantóse Jonás y fué a Nínive, según la orden de Yave. Era Nínive una ciudad grande sobre manera, de tres días de camino.

Y comenzó Jonás a penetrar en la ciudad camino de un día, yregonaba diciendo: De aquí a cuarenta días será destruída Nínive. Las gentes de Nínive creyeron a Dios y pregonaron ayuno, y se vistieron saco desde el más grande al más pequeño.

Llegó la cosa al rey de Nínive, y levantándose de su trono, se desnudó sus vestiduras, se vistió de saco y se

sentó sobre el polvo, e hizo pregonar en Nínive una orden del rey y de sus príncipes, diciendo:

Hombres y animales, bueyes y ovejas, no probarán bocado, no comerán nada ni beberán agua. Cúbranse de saco hombres y animales, y clamen a Dios fuertemente y conviértase cada uno de su mal camino, de la rapiña de sus manos. ¡Quién sabe si se volverá Dios, y se arrepentirá del furor de su ira, y no pereceremos!

Vió Dios lo que hicieron, convirtiéndose de su mal camino; y arrepintiéndose del mal que les dijo había de hacerles, no lo hizo.

(JONAS, 3)

El problema de Palestina y los derechos de la Cristiandad

XI (*)

ISRAEL Y LA O. N. U.

Internacionalización de Jerusalén

En un ambiente de gran expectación se reunía el día 10 del pasado mes de diciembre la Asamblea general de las Naciones Unidas, para decidir el futuro de Jerusalén.

Tres posiciones se habían manifestado en las anteriores reuniones de la Asamblea. Por un lado, la de rotunda oposición por parte de los judíos a todo intento de internacionalización. Por otra, la no menos rotunda de los Estados Unidos, Gran Bretaña y otros países, basada en una pretendida incapacidad de la O. N. U. en hacer cumplir un acuerdo que excluyese a Jerusalén del dominio israelita. Por último, la de la mayor parte de los Estados de Iberoamérica y de los Estados árabes, favorables a dicha internacionalización.

La actitud de los anglosajones venía oficialmente determinada por la imposibilidad de aplicar un Estatuto internacional a Jerusalén, como consecuencia de la actitud de los judíos, lo que acarrearía el desprestigio de las Naciones Unidas. Eso significaba, ni más ni menos, la aceptación de un nuevo veto, al sujetarse explícitamente cualquier decisión sobre Palestina a la previa aprobación de la delegación de Israel.

No se trataba, por consiguiente, tanto de lograr una decisión justa como de que la misma mereciera el beneplácito de los representantes sionistas.

Esta posición revestía, por otro lado, características singularmente alarmantes. Así resultaba de las declaraciones del delegado norteamericano John C. Ross, al afirmar que la pretendida internacionalización originaría graves dificultades, «todo ello para lograr fines, muchos de los cuales, no son de la incumbencia de la comunidad internacional». ¿A qué fines se refería el señor Ross? Y añadía el propio representante: «Al intentar convertir a Jerusalén en una nueva y separada entidad política, contra los deseos de sus propios moradores, las Naciones Unidas incurren en el peligro de no lograr su principal propósito: el control y la protección de los Santos Lugares».

La gravedad de las palabras que acabamos de transcribir denota algo más que un simple temor. Es la expresión de una auténtica amenaza esgrimida por quienes trataban de hacer valer su influencia en el seno de la O. N. U. para evitar cualquier decisión desagradable a los judíos. Esta amenaza había de repetirse más tarde por un portavoz judío después de la resolución de las Naciones Unidas: «La imposición de la internacionalización de Jerusalén —declaraba el representante de Tel Aviv en Roma— devolvería formal y jurídicamente al *Gobierno de Israel* su libertad en cuanto a los compromisos adquiridos con las autoridades religiosas en lo que respecta a sus instituciones a los Santos Lugares» (24).

Estas y otras alegaciones, que en realidad ponían de

manifiesto la debilidad intrínseca de la organización internacional, no hicieron mella en el ánimo de las delegaciones de los países católicos. Era preciso a toda costa salvaguardar a Jerusalén y a los Santos Lugares mediante un estatuto garantizado internacionalmente. «No podemos —decía en la Asamblea el delegado de El Salvador— aceptar las ambiguas promesas de aquellos que dicen, que reafirman el respeto y libre acceso a los Santos Lugares y retienen por la fuerza el territorio que conquistaron en la zona de Jerusalén.» No podía dejarse al libre arbitrio de los jefes judíos el porvenir y la seguridad de la Ciudad Santa y de las reliquias que guarda el suelo de Palestina.

Los judíos se muestran seguros de su poder

Ya hemos referido en otra ocasión el desarrollo de la sesión en que se acordó la internacionalización de Jerusalén (25). A ella nos remitimos para evitar repeticiones innecesarias. Sólo resta exponer la opinión de los judíos so-



Arabe de Palestina

bre su posición futura en relación con la O. N. U. y el estado actual de los trabajos de la Comisión encargada de redactar el estatuto de Jerusalén.

El punto de vista de los judíos sobre el acuerdo de la O. N. U., queda perfectamente aclarado por el titulado ministro de asuntos exteriores de Tel Aviv, Moshé Sharett, en un discurso pronunciado en la ciudad nueva de Jerusalén poco después de conocerse el voto favorable de la Asamblea de las Naciones Unidas a la internacionalización de la Ciudad Santa.

(*) Véase CRISTIANDAD, núms. 127, 128-129, 132, 133, 134-135, 136, 137, 138, 139 y 141, págs. 310-311, 331-335, 293-309, 422-423, 45-452, 474-475, 49-497, 524-525, 22-23 y 75-76, respectivamente.

(24) Véase CRISTIANDAD, núm. 138, pág. 528.

(25) Véase CRISTIANDAD cit., págs. 527-8.

A LA LUZ DEL VATICANO

Vale la pena de detenerse en la lectura atenta de algunos pasajes del discurso de referencia, ya que en los mismos se pone de manifiesto el papel trascendental que juega el judaísmo en el orden internacional y la convicción rotunda de que sus directrices serán en definitiva las que prevalecerán en los organismos de ámbito mundial.

Dice el señor Sharett que el debate planteado en la O. N. U. sobre el porvenir de Jerusalén ha constituido, para los judíos, la más dura prueba que jamás hayan tenido que afrontar desde que se comenzó a tratar de dicho problema. «La decisión de la Asamblea general ha provocado la estupefacción de nuestra pública opinión.» Y añade: «Es como si una flecha salida de la fortaleza con la que contábamos para asegurar nuestra protección y defensa, hubiese penetrado en lo más profundo del corazón». Palabras, éstas, que indican la relación íntima y decisiva que existe entre la constitución de la O. N. U. y el nacimiento del llamado Estado de Israel.

Pero no se detiene ahí el señor Sharett. Esta dependencia de la O. N. U. con respecto al judaísmo es de tal naturaleza, que incluso una posible desviación de aquella —como sucede en la cuestión de Jerusalén— puede ser afrontada con la seguridad plena de una pronta rectificación que dé satisfacción total a las aspiraciones sionistas. «Aunque esta decisión —añade el señor Sharett— haya nacido muerta, no por ello deja de tener el carácter de acuerdo oficial de las Naciones Unidas. Y aunque semejante acuerdo no pueda ponerse en práctica, no dejarán de producirse las dificultades que sin duda se seguirán del mismo. Sin embargo, no hemos de inquietarnos demasiado. Habrá pocos combates a los que podremos acudir con tanta confianza como el que se ha trabado ahora.»

¿Cómo compaginar, no obstante, esa seguridad de que hace gala el judaísmo con respecto a la O. N. U., con el voto adverso de ésta a las aspiraciones judaicas?

Para Moshé Sharett, la decisión de las Naciones Unidas se debe a la influencia de dos factores distintos. «Por un lado —afirma— hay el dogma religioso fanático, el deseo de vengarse de un antiguo pecado y de arreglar una cuenta vieja de diecinueve siglos (sic). Por otra parte, la actitud de las delegaciones estuvo determinada por una línea política invariable, en virtud de la teoría según la cual el mundo se halla dividido en dos campos, teoría que se aplica a todos los problemas grandes o pequeños.»

Esta segunda parte de la cita no tiene desperdicio. Se refiere claramente a la actitud de la U. R. S. S. y de sus satélites que votaron a favor de la internacionalización de Jerusalén. Algunos comentaristas se han preguntado a qué

obedecía este cambio de posición de los soviets en lo referente a la cuestión de Palestina; el señor Sharett se apresura a responder que no hay nada de esto: que el comunismo internacional continúa entregado a la causa del judaísmo; que sus dirigentes son fieles a Israel; que su voto es simplemente una argucia sin ulterior trascendencia, y que los representantes de la Unión Soviética —añade— han manifestado que la posición adoptada en la O. N. U. «no ha de ser considerada de modo alguno como un cambio en los sentimientos de la U. R. S. S. hacia Israel».

Ni recriminaciones ni desengaños

Los judíos se sienten seguros de su influencia y de su supremo poder sobre las Naciones Unidas, como seguros parecen sentirse de su decisivo control sobre el gobierno comunista de Moscú. Ni recriminaciones ni desengaños. Todo parece previsto. ¿Se trata simplemente de hacer sentir aquella influencia y aquel poder de una manera pública y solemne? ¿Quieren los judíos que la O. N. U. declare abiertamente su sujeción a las consignas sionistas, manifestando abiertamente su equivocación al acordar la separación de la Ciudad Santa del dominio israelita?

Tal parece ser la aspiración del señor Sharett. Esperemos tranquilamente a que las Naciones Unidas reconozcan su error y rectifiquen sin ambigüedades su primitivo criterio. «El problema —acaba diciendo Moshé Sharett— no es el de saber cuál será el futuro de la Jerusalén judía. Este futuro está ya establecido. La cuestión estriba en saber dónde, cómo y cuándo se restablecerá la coordinación completa entre las Naciones Unidas e Israel.»

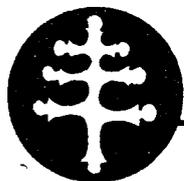
La rotunda afirmación del periódico judío: «Antes permaneceremos fuera de la O. N. U. que renunciar a Jerusalén» (26), no da la verdadera medida del problema.

La solución a que aspiran los judíos es, al parecer, mucho más amplia, mucho más decisiva: Retendremos Jerusalén en nuestro poder y la O. N. U., humillada y maltrecha, aceptará nuestras consignas y excusará sus anteriores extravíos.

¿Es que quizás, junto a la sinceridad de algunos de los votos dados a favor de la internacionalización de Jerusalén, no ha habido mucho de ficción para dar al traste con los mejores propósitos de ciertos países y con los deseos ardientes de toda la Cristiandad?

José-Oriol Cuffi Canadell

(26) Véase CRISTIANDAD cit., pág. 525.



Nos parece que el Año Santo 1950 ha de ser señalado sobre todo por la deseada renovación religiosa del mundo moderno, y término de aquella crisis espiritual que oprime los espíritus de nuestro tiempo. La añorada armonía de los valores celestiales y terrenos, divinos y humanos, obligación y deber de nuestra generación, se conseguirá o por lo menos se acelerará, si los fieles de Cristo se mantienen firmes en los propósitos concebidos, prosiguen tenaces en las obras emprendidas y no se dejan seducir por vanas utopías, ni desviar por intereses y egoísmos de partido.

P.º O. XII. Radiomenaje de Navidad. 23-12-49

Monseñor Amigó rigió durante 45 años la mayor diócesis inglesa

Por su gran caridad y frecuentes visitas a domicilio era entrañablemente amado de sus fieles que le llamaban «el Padre de los pobres»

Hijo de padres andaluces, nunca perdió el acento español y defendió la causa de España durante la Cruzada

Recientemente falleció, a los ochenta y cinco años de edad, monseñor Pedro Amigó, Arzobispo-Obispo de Southwark (Inglaterra), una de las más robustas figuras de la Iglesia Católica en la Gran Bretaña y quizá la más amada entre las gentes sencillas de los «slums» o barrios bajos de la enorme y dilatada ciudad de Londres.

La muerte de monseñor Amigó no puede pasar inadvertida para los católicos españoles, cuando precisamente su increíble dinamismo, su austeridad de costumbres y su excelente buen humor evidenciaban claramente el origen hispano del venerable prelado de Southwark. Hijo de padres andaluces, de buena posición y fortuna, nacido en el peñón de Gibraltar el 26 de mayo de 1864, nunca perdió el acento español, «aunque se pasan años —declaraba— sin que tenga ocasión de hablar nuestro idioma».

Su hispanismo lo puso de relieve monseñor Beck, obispo de Brentwood —que estuvo recientemente en España—, durante su oración fúnebre en la catedral de Westminster, con estas palabras que traduzco literalmente:

«Los españoles recuerdan muy bien la voz que se levantó en defensa de la católica España no solamente en su terrible hora del martirio (1936), sino también en los largos y penosos años de su reconstrucción. Esta imperterrita voz se levantó a pesar de la campaña de denigración y calumnias que han constituido una desgracia para la inteligencia y comprensión del mundo occidental.»

Monseñor Amigó, pues, no recató jamás su viva simpatía por la heroica y martirizada nación española que sacrificó una decena de obispos y millares de sacerdotes y católicos militantes distinguidos, inmolados en 1936 por la revolución atea y marxista. Así lo ha reconocido, con motivo de su muerte, la prensa católica de la Gran Bretaña. Así, por ejemplo, *The Universe* dice: «Conocía muy bien los asuntos españoles y era un ardiente enamorado de España. Cuando la guerra española, él figuró entre los partidarios del General Franco en este país. Ya unos años antes previó el conflicto español. Cuando la primera guerra mundial, mientras España permanecía neutral, se ocupó en disipar equívocos y prejuicios en la Gran Bretaña y en dar a entender a todos lo que España ha hecho y es aún capaz de hacer en defensa de la civilización cristiana» (7 octubre, núm. 4.628).

al trabajo parroquial en la parroquia de Trinidad, Brook Green, Hamersmith; y, transcurridos otros cuatro años, era trasladado a la parroquia de Comercial Road, en el East End de Londres. En 1899 se le nombraba Cura de esta parroquia, y como dato curioso vale la pena consignar que durante este periodo y en esta demarcación parroquial el célebre Cardenal Vaughan deseó fundar ya



entonces un Colegio sacerdotal para entrenar a los jóvenes presbíteros en la vida misionera parroquial. En 1901 se le encarga también la parroquia de Walworth, donde construyó la iglesia dedicada a los Mártires Ingleses.

COLABORACIÓN

gran metrópoli, es decir, toda la orilla derecha del río y encima los condados de Kent, Surrey y Sussex, es decir, todo el estrecho de Dover desde Chichester (junto a Portsmouth) hasta Margate. Esta área encierra a cinco millones de almas, de las cuales sólo 140.000 son católicos. Le sigue en densidad la diócesis primacial de Westminster, con cuatro millones y medio de almas y 300.000 católicos.

Por otra parte, la zona de Londres que comprende esta diócesis de Southwark, al revés del *West End*, barrio del lujo, de la riqueza y de la moda, y de la *City*, emporio de los negocios (ambos en la orilla izquierda), la forman el *East End*, asiento del comercio al por mayor, de los grandes almacenes y muelles, y el *Borough* o *Southwark*, lleno de fábricas y talleres, tan expresivamente descritos en toda su fea realidad por Dickens en su «David Copperfield». En estos dos barrios bajos de la orilla derecha del Támesis había de encontrar ancho campo para su inagotable caridad el bondadoso prelado que acababa de recibir el óleo de la unción episcopal.

Y a fe que con sus dotes excepcionales logró captar bien pronto la simpatía popular. Gran fisonomista y de rica memoria, recordaba tan bien los rostros y nombres de sus fieles (a los que visitaba con extraordinaria frecuencia y muy asiduamente), que, aun años después, reconocía al punto a los que había visto mucho tiempo atrás, preguntándoles por sus padres, hermanos y familiares. Este contacto paternal, mantenido sin decaimiento hasta la víspera de su muerte durante 45 años, han sido la clave de esa veneración popular que se ha reflejado emotivamente en el impresionante desfile de toda clase de gente, a razón de mil personas por hora, para rezar ante su cadáver. Todavía a los ochenta y cinco años recordaba perfectamente las fechas de un millar de cumpleaños de sus fieles, a los que transmitía su parabién. Cuando sabía que algún familiar de los sacerdotes de su clero diocesano se hallaba enfermo acudía a visitarle o le escribía interesándose por su salud. Una vez, acababan de llegar de Irlanda, en avión, los padres de un sacerdote; al punto que lo supo corrió él a darles la bienvenida.

Pero su delicia eran singularmente los niños, y su gran preocupación que las escuelas católicas librasen de influencias malsanas a esos inocentes. Contrasta en las fotografías que he visto el rostro venerable y arrugado del octogenario prelado con las tersas y graciosas caritas del enjambre de párvulos a su alrededor aclamándole. Por todas estas actividades, Monseñor Amigó fué llamado «El Obispo del pueblo», «Padre de los pobres», «El Obispo de las escuelas y de los niños», así como «Pedro el grande» (*Peter the Great*), por haber levantado durante su pontificado la impresionante cifra de 102 iglesias, con lo cual pasaban de 92 a 194 los templos de su diócesis, y haber ordenado de presbíteros a 1.150 candidatos al sacerdocio.

Iglesias y colegios en llamas

El Señor le tenía reservada una durísima prueba: el «blitz» o bombardeo incendiario de los alemanes en 1940 y 1941. El término «blitzed», de origen germano, lo usan los ingleses para indicar que un edificio fué destruido por bombas incendiarias. Pues bien; precisamente el área de la diócesis de Southwark, por su configuración estratégica y ser la más próxima al continente, sufrió los zarrazos de las bombas de la *Luftwaffe* y de las V-1. ¡Toda una labor de varios lustros de afanes pastorales trocada en montones de ceniza y ruinas! La misma Catedral de San Jorge, la iglesia madre de Southwark, otrora construída por los humildes obreros emigrados irlandeses —que huyeron del hambre espantosa de su país— en 1848, cien años ha, fué pasto de las llamas el mismo día de la fiesta de su santo patrono en 1941. Los bomberos no pudieron sofocar los 200 incendios que aquella noche provocaron

simultáneamente los aviones alemanes. En aquel templo secular habían predicado sus mejores sermones los Cardenales Wiseman y Manning. Ni fué sólo su Catedral, sino muchísimas iglesias y capillas, conventos, colegios y escuelas católicas levantadas por el dinamismo incansable de monseñor Amigó.

Aquel famoso alcalde de Cork

A propósito de la Catedral de San Jorge, quiero evocar una anécdota histórica. El célebre alcalde de Cork (Irlanda), encarcelado por los ingleses, murió por su huelga del hambre en la prisión de Brixton, enclavada en el barrio de Southwark. Los irlandeses pidieron a monseñor Amigó que se le hicieran solemnes exequias en una iglesia cercana a la prisión. Monseñor Amigó, después de llamar al médico de la cárcel y comprobar por su dictamen que no se trataba de un suicidio, accedió. Temiendo que la iglesia resultara pequeña, los irlandeses demandaron que los funerales fueran en la Catedral de San Jorge, de origen tan irlandés. También accedió el prelado, a pesar de lo delicado de la tensión política, y se acordó que el cadáver sería amortajado con hábito franciscano; pero he aquí que la víspera del funeral, al cerrar las puertas de la Catedral a las diez de la noche, el cadáver fué sacado del túmulo, despojado del hábito franciscano y cubierto del uniforme de oficial del Ejército revolucionario irlandés del Libre Eire. Tal abuso de la hospitalidad apenó profundamente al prelado, que hubo de arrostrar la doble impopularidad que le acarrea su gesto magnánimo ante las autoridades de Londres y sus propios súbditos.

Su abierta simpatía, empero, hacia la causa irlandesa, en disparidad manifiesta a veces con sus colegas, lo mismo que en la cuestión española, fueron agradecidas públicamente en su sepelio con la presencia del expresidente De Valera y dos ministros del Gobierno irlandés, y por el Encargado de Negocios de España, duque de Sanlúcar. Por su parte, el embajador de Bélgica asistió también para demostrar la gratitud del pueblo belga a la hospitalidad concedida durante la primera guerra mundial a los refugiados de dicho país en el *Southern* o sur inglés.

Los irlandeses han contribuido últimamente con 32.000 libras esterlinas para la reconstrucción de la Catedral de San Jorge, de Southwark.

El mensaje de S. M. Jorge VI

Ni fué sólo el pueblo humilde el que lloró su muerte o se asoció en forma tan masiva, que el cortejo mortuario que llevaba los restos desde la desmantelada Catedral de San Jorge hasta la de Westminster (autorizada al efecto por el Primado como «territorio de Southwark» para el privilegio de los cinco responsos) ya había llegado la cabeza del mismo cortejo al Puente de Lambeth sobre el Támesis cuando su cola aun había de salir de la Catedral de San Jorge. La jerarquía de Inglaterra —el Primado estaba enfermo en cama—, de Gales, Escocia e Irlanda estaba representada por cinco Arzobispos y veinte Obispos. También asistió el Duque de Norfolk, de tan rancio abolengo católico, y varios diputados católicos.

Mas lo significativo y nuevo es el mensaje real de condolencia de S. M. Jorge VI. «El Rey —comunicaba su secretario— se enteró con gran pesar de la muerte del Arzobispo Amigó, cuya maravillosa labor en Southwark Su Majestad ha apreciado siempre grandemente.» Ya cuando el jubileo sacerdotal del prelado en 1948, el Rey expresó también en calurosos términos su afecto y admiración personal al incansable Obispo católico que no pareció conocer los achaques de la vejez. Nunca quiso tener automóvil, aunque desearon regalarle uno más de una vez, y fué, hasta días antes de su muerte, a pie, tranvía o en autobús a todas partes. Descanse en paz.

Luis Sanz Burata

Comentario sobre la plegaria de Su Santidad Pío XII con motivo del Año Santo

Observación preliminar

Nada interesa más a los católicos que merecen el nombre de tales que conocer el pensamiento íntimo de Su Santidad Pío XII en los confusos momentos presentes, no sólo porque es la autoridad suprema de la Iglesia, el eje en torno al cual gira todo el edificio espiritual del Cuerpo místico de Cristo, sino también porque su posición social, su vasta cultura, su inteligencia privilegiada y su santidad de vida, le colocan en la categoría del primer hombre de nuestro tiempo. Nadie como él ha luchado por la paz del mundo, nadie ha tenido una intuición más profunda de los males que aquejan a la humanidad de hoy, ni desde su alto cargo se ha dedicado con mayor tesón a sanarlos. Ahora bien, la oración hecha por Su Santidad Pío XII a fines del año 1948, con el objeto de que la rezaran todos los católicos de todos los pueblos de la tierra, es la síntesis de su pensamiento y su voluntad más íntima y profunda. No sólo podemos apreciar este hecho los que hemos vivido largos años en Roma, hemos seguido, paso a paso, sus actividades en el orden religioso, social y moral, y sabemos que la ha redactado, como fruto de meditación, personalmente, con el afecto y esmero de perfección que pone en todas sus obras, sino los fieles de todo el mundo, porque es conocida su voluntad que sea profusamente difundida por todas partes y constituya la plegaria central y oficial de todas las oraciones que se efectúan durante el Año Santo.

Por tanto, un comentario sobre dicha oración es un deber de cristiano y magnífica base de perspectiva para conocer no solamente el alto significado de este año, en que peregrinos de todas partes del mundo acudirán a Roma, sino, además, el pensamiento actual de la Iglesia y la ruta señalada por el Sumo Pontífice como necesaria para la salvación de los hombres. En estos momentos de crisis y de desquiciamiento intelectual y moral, la voz de Pío XII, manifestada con exquisita delicadeza y dulzura a través de esta plegaria, que todos los cristianos deben repetir como propia millares de veces, es la voz de Dios que le ha elegido como Pontífice Supremo, luz del mundo y sal de la tierra.

Para mayor comodidad del comentario dividiremos la plegaria del Año Santo en tres partes: la primera es una introducción invocatoria en la cual, en forma indirecta pero perfecta, se indica la naturaleza del Año Santo; la segunda, que abarca toda la parte central de la oración, es un conjunto de peticiones adecuadas a las necesidades de la Iglesia en el momento presente; y la tercera, que comienza con la invocación al Dios de toda consolación, es un acto de humildad profunda ante el Señor con el objeto de hacer eficaces las peticiones anteriores. Este acto se perfecciona con una síntesis final de súplicas íntimas y fervorosas que clausuran la plegaria en forma felicísima.

PRIMERA PARTE

Introducción invocatoria sobre el Año Santo

Texto: *«¡Dios omnipotente y eterno!, con toda el alma te agradecemos el gran don del Año Santo. ¡Oh, Padre ce-*

lestial!, que todo lo ves, que escrutas y diriges los corazones de los hombres, ríndelos, dóciles, en este tiempo de gracia y de salvación, a la voz de Tu Hijo. Que el Año Santo sea para todos un año de purificación y de santificación, de vida interior y de reparación, el año del gran retorno y del gran perdón.»

Glosa: Conviene observar que la invocación comienza, primero, dirigiéndose a Dios en forma simple y sencilla para agradecerle el gran don del Año Santo, don que pertenece a toda la humanidad, no sólo a los cristianos, porque tiene como objeto atraer a todos al conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo; y después, particularizando, al Padre celestial, que es Dios mismo, designado según la concepción cristiana que de Él tenemos. El Dios de los ejércitos, el Dios terrible y justiciero, que a todos pedirá cuentas de sus acciones hasta el último ápice, para nosotros, concededores de la Revelación cristiana, es el Padre bondadoso y lleno de misericordia que hace nacer el sol sobre los buenos y sobre los malos y a todos cuida con amorosa Providencia. Nuestro Señor nos enseñó a invocarlo con la dulcísima expresión: «Padre nuestro que estás en los cielos...» La invocación de Su Santidad va dirigida a un fin: «que oigan la voz de tu Hijo, es decir, de Cristo». Este es el gran objetivo del Año Santo, oír la voz de Jesús, seguir sus mandamientos, porque de otro modo no hay salvación. Agradecemos a Dios el gran regalo del Año Santo, porque, durante él, la Iglesia derrama sus gracias abundantísimamente sobre los fieles y los infieles; sobre los primeros, concediendo a todos los peregrinos indulgencias extraordinarias y fortificándolos en la fe y en la práctica de las virtudes cristianas; sobre los segundos, atrayéndolos a la Iglesia Católica por las vías secretas de la gracia que sólo Dios conoce, y por los hechos, los grandes hechos litúrgicos, las manifestaciones clamorosas de la fe, las cuales atraen con su pompa y magnificencia, sacuden las almas indiferentes y producen con poderosa fuerza sugestiva grandes conversiones. El Año Santo es definido por Su Santidad Pío XII «año de gracia y de salvación». Es necesario, por tanto, que sea para todos *año de purificación y de santificación, de vida interior y de reparación*. La purificación del espíritu se obtiene por la penitencia y confesión de las culpas; la santificación, por medio de la unión con Jesucristo, cuya forma perfecta sacramental y litúrgica se logra con la sagrada Comunión. Aun más, desea Pío XII que este año sea también de vida interior y de reparación. Vida interior se opone a vida exterior, a vida disipada, a vida en que el hombre se derrama en actividades sin recogerse en lo más íntimo de sí mismo y, en consecuencia, sin pensar en las verdades trascendentales de su espíritu, de su principio y de su fin último. El hombre ha sido creado por Dios, tiene un alma inmortal y un destino eterno. La vida interior le obliga a concentrarse, a mirar hacia dentro de sí mismo, a proponerse el problema de su salvación eterna, día por día, momento por momento; y, en último término, le lleva a unirse con Dios en comunión íntima con la Trinidad divina, unión obtenida en esta tierra por la gracia, y en la vida futura, por la visión de la gloria.

Guillermo Viviani Contreras

(Continuará)

III CONGRESO INTERNACIONAL DE LA PRENSA CATOLICA

CRISTIANDAD, en las personas de su Director y uno de sus redactores estuvo presente en el III Congreso Internacional de la Prensa católica habido en Roma en el mes de febrero próximo pasado. Fuimos allí a hacer públicas nuestras inquietudes y a dar a conocer el ideal que es motor de todas nuestras empresas. El que la rara organización del Congreso no permitiera el intercambio de pareceres que teníamos derecho a esperar, ni satisficiera las mínimas aspiraciones que su anuncio despertó en nosotros en orden a la exposición de este mismo ideal, hace más justificable el hecho de que hoy publiquen nuestras páginas la comunicación escrita que CRISTIANDAD presentó a la Mesa del Congreso.

Creemos con sinceridad que las circunstancias ciertamente especiales en que el Congreso se reunió no justifican los elogios un tanto desmedidos que en la sesión inaugural se prodigaron al Ministro de Asuntos Exteriores italiano Conde Sforza, conocido por su anticlericalismo. Ni comprendemos cómo un Congreso celebrado en el Año Santo, de tan trascendental significación para la humanidad, no se ocupara siquiera un poco de emprender a fondo

y conjuntamente una campaña en la prensa que revalorizara al catolicismo íntegramente vivido frente al ateísmo y al materialismo postpuestos en gravedad al comunismo. Y menos aun nos explicamos la preterición de la lectura pública del trascendental mensaje pontificio a las numerosas conferencias a que el Congreso se redujo.

El servicio de la verdad que era uno de los lemas del Congreso nos ha obligado a expresarnos así sin que por ello dejemos de constatar la indudable buena voluntad que en todos se hizo patente. La misericordia de Dios quiso que la decepción que tales deficiencias nos produjeron estuviese plenamente compensada con el gesto paternal y afectuoso del Santo Padre al saludarnos y bendecirnos de un modo especial a todos los congresistas en la ceremonia de Beatificación del día 19. Y más aún con el enjundioso discurso que nos dirigió repleto de sabias y profundas enseñanzas.

Con la publicación íntegra de dicho discurso, que Dios mediante honrará las páginas de nuestro próximo número, creemos dar la más acabada información de las tareas congresistas.

Comunicación de la Revista «CRISTIANDAD»

“La existencia del peligro comunista cada día más amenazador y triunfante preocupa con razón a todos los hijos fieles de la Iglesia. La prensa católica, cuyo deber es combatir con las armas de la verdad y de la caridad, debe contribuir con eficacia a vencer a tal enemigo que, ateo y materialista, se dirige contra la esencia misma del catolicismo que tiene en el orden sobrenatural y espiritual el fundamento supremo de su esperanza y de su definitiva victoria.

“Sería desconocer cuál es el verdadero objetivo del comunismo y aun su profunda raíz atea, el combatirle con medios cuyo alcance se acota en el campo de la política y de la economía. Si la Iglesia condenó la teoría comunista no sería por los desastrosos efectos que su aplicación pudiera tener en aquello que la Iglesia misma deja a la libre opinión de los hombres si que, precisamente por su carácter decididamente anticristiano, por su abierto ateísmo.

“Este escrito nos lleva como de la mano a deducir con claridad meridiana que no podrá ser bandera del periodismo católico ningún movimiento o tendencia que tenga en su entraña aquella misma raíz atea que la Iglesia denuncia y condena en el comunismo. Y que por tanto frente a la ideología satánica de los enemigos declarados de Dios no cabe la postura de ideologías también materialistas, bien que suaves, que, con distintos procedimientos nacidos todos del naturalismo o atacan a la Iglesia o prescinden en absoluto de su enseñanza y de su magisterio.

“Con frecuencia la visión parcial que aun en el campo católico se tiene del comunismo hace que se vea en él sólo su condición de enemigo de la libertad, y que, como reacción de este despotismo e injusta opresión que en el hombre libre ejerce tal dictadura se levanten inconsiderada y ligeramente los que propugnan una libertad sin límites y sin topes, también reprobada por la Iglesia, como si la tiranía comunista no tuviera en su ateísmo y en su total desprecio a la dignidad humana la razón de su violencia brutal, y no fuera la Iglesia la celosa guardadora de la única y verdadera libertad.

“Hijos fieles y sumisos de la Iglesia y del Papa, los periodistas católicos, superando todos los factores circunstanciales y salvando las apariencias que inducen con facilidad al engaño deben claramente defender, reclamar y difundir esta libertad sagrada que la Iglesia y sólo ella propugna; pero con igual empeño deben también tener por enemigos a quienes por tales son señalados por el Vicario de Cristo. Y estos enemigos son hoy día muchos. Todos ellos con el factor común del ateísmo materialista que en bandos distintos, declarado o encubierto, se enfrenta osadamente contra la Iglesia de Cristo. Ateísmo que en unos consiste en el ataque personal y blasfemo a Dios mismo y en otros en el simple hecho de prescindir de Dios. “Con frecuencia —dice Pío XII— a Dios no se le niega, ni se le injuria, ni se le blasfema, sólo que El está como ausente. La propaganda de una vida sin Dios es abierta, seductora, continua.”

“El católico es esencialmente universal y es precisamente bajo el prisma de lo universal cómo ha de considerar los acontecimientos todos. No basta ser anticomunista. La Iglesia defiende un ideal positivo y grandioso que no puede encerrarse en el estrecho ámbito impuesto por circunstancias muy graves pero transitorias. El duelo de hoy no es concretamente comunismo-anticomunismo, sino ateísmo y catolicismo. El peligro comunista es ciertamente grave e inmediato, mas no el único. El Papa nos habla a menudo de conjuración universal de los enemigos de la Iglesia. Y esto excluye la limitación geográfica a que ciertos sectores pretenden reducir la presencia de los extraordinarios males actuales.

“Por otra parte, y ya en el terreno de lo práctico, no se puede combatir con eficacia un ideal negativo, sí, pero ambicioso y de conquista total como el que sustenta el comunismo y los enemigos coaligados de la Iglesia católica, si no se presenta otro ideal concreto, grandioso, excelso como el que la Iglesia muestra hoy más que nunca a todos los que de verdad quieren militar en sus filas, cual es la conquista del mundo entero para Dios.

“Es en atención a las consideraciones precedentes que

ORIENTACIONES



BIBLIOGRAFICAS

«*Ecumenismo, o el actual Movimiento Unionista Protestante*», por el Dr. CÉSAR RUIZ IZQUIERDO, del Instituto de Misiones Extranjeras. Biblioteca «Id...», Burgos.

Con una «Introducción» y una «Conclusión» centra y saca consecuencias del problema el Dr. Ruiz Izquierdo. Se trata de un breve, pero muy enjundioso estudio sobre el tan traído movimiento unionista de los protestantes.

En la primera parte trata de la proyección actual del Protestantismo en el mundo. La infinidad de sectas en que se encuentran hoy divididos los protestantes. Basta la sencillez y la frialdad de la estadística reproducida por el doctor Ruiz Izquierdo para darnos cabal cuenta de la extrema división a que ha llevado la rebeldía y la separación de la verdadera Iglesia.

En esta primera parte se nos ofrece también una somera idea de las aberraciones a que ha conducido y conduce el «libre examen», llegando incluso a dudar de la Trinidad Santísima y de la divinidad de Jesucristo. Y concluye la parte primera del opúsculo del Dr. Ruiz Izquierdo con una sucinta e interesante reseña del Movimiento Ecuménico protestante pro unión de las Iglesias.

La segunda parte está dedicada enteramente a reflejar la actitud de la Iglesia verdadera ante el problema de la unión.

Hemos de congratularnos de esta exposición del doctor César Ruiz Izquierdo. En los momentos actuales de confusión, en los que, desgraciadamente, muchos católicos no saben a qué atenerse en problemas y cuestiones de capitalísima importancia, cayendo, por lo mismo, en lamentables errores y en la defensa de causas que la Iglesia no puede aceptar; en estos momentos, todo cuanto ayude a proyectar la claridad purísima de la luz de la Verdad sobre el mundo, debe recibirse, no con aplauso material, sino con la más sincera aprobación moral. Cual un rayo brillante y esperanzador que ilumina un horizonte ennegrecido por la confusión, el error, el naturalismo, el menosprecio, las deserciones y el olvido y apartamiento, cuando no culpable ignorancia, de las doctrinas verdaderas de la Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y Romana.

Y en el breve folleto «*Ecumenismo*» no se encontrará sólo ese rayo de luz, si que también un interesante, breve y completo resumen de la situación y del pensamiento actuales del Protestantismo.

Luis Luna

LIBROS RECIBIDOS

SURSUM CORDA, por el P. Adeodato F. Marcet, O. S. B., Monje de Montserrat. -2.ª Edición. Publicaciones Spes. Barcelona.

¿COMO NACIO LA VIDA?, por Jesús Muñoz, S. I. - Colección «Ciencia y Arte», Publicaciones de la Universidad Pontificia de Comillas (Santander).

FILOSOFIA DEL DERECHO, por Gabino Márquez, S. I. - Ediciones «Studium» de Cultura, Madrid-Buenos Aires.

SANTO VIA CRUCIS, por José Múnera, S. I. - Librería de la Tipografía Católica Casals, Caspe 108. Barcelona.

MEDIOS DE VIVIR LA SANTA MISA, por César Sanz-Pastor y Muñoz. - Colección P. de P., Héroes del 10 de Agosto, 11. Madrid.

LA ORDEN TERCERA SEGLAR DE LOS CARMELITAS DESCALZOS, tomo I, por el Hno. Francisco de la Inmaculada, T. O. C. D. - Biblioteca del Terciario Carmelita. - Ediciones «Carmelo de México». Méjico D. F.

EL DOCTOR DE AUSONA (Del singular alcance de la obra del Doctor Jaime Balmes), por Felio A. Villarubias, Secretario de la Junta Barcelonesa del Centenario de Balmes. - Librería Subirana, Puertaferrisa, 14. Barcelona.

la revista CRISTIANDAD, que desde un principio luchó por la implantación de un concepto sobrenatural de la vida y por la instauración efectiva del reinado social de Jesucristo, propone al tercer Congreso Internacional de la prensa católica reunido en Roma, la aprobación de las siguientes conclusiones:

“1.ª La prensa católica debe defender con integridad la doctrina y enseñanzas de la Iglesia y de los Pontífices y juzgar a tenor de ellas los acontecimientos de la actualidad, combatiendo contra todos los movimientos en los que de una u otra manera alienen los principios del ateísmo y del naturalismo explícitamente condenados y reprobados por la Iglesia.

“2.ª La defensa de la justa libertad tal y como la Iglesias la propugna, debe ser una aspiración común de

todos los periodistas católicos. Esta afirmación implicará el combatir no sólo contra el comunismo que la conculca abiertamente, sino contra todo lo que con el pretexto de anticomunismo tiene en sí el germen de doctrinas contrarias a las de la Iglesia y por lo mismo enemigas de la verdadera libertad.

“3.ª Como corolario de las antecedentes, el III Congreso Internacional de la prensa católica debería declarar la común aspiración de todos sus miembros a que exista una verdadera libertad de información basada en la realidad objetiva e interpretativa de los hechos, sin las deformaciones que por las agencias tendenciosas, generalmente monopolizadoras de las fuentes de información de la prensa diaria, suelen darse a los acontecimientos con maligno espíritu sectario.—*El Director*: FERNANDO SERRANO; *redactor*: ROBERTO COLL.

DE ACTUALIDAD

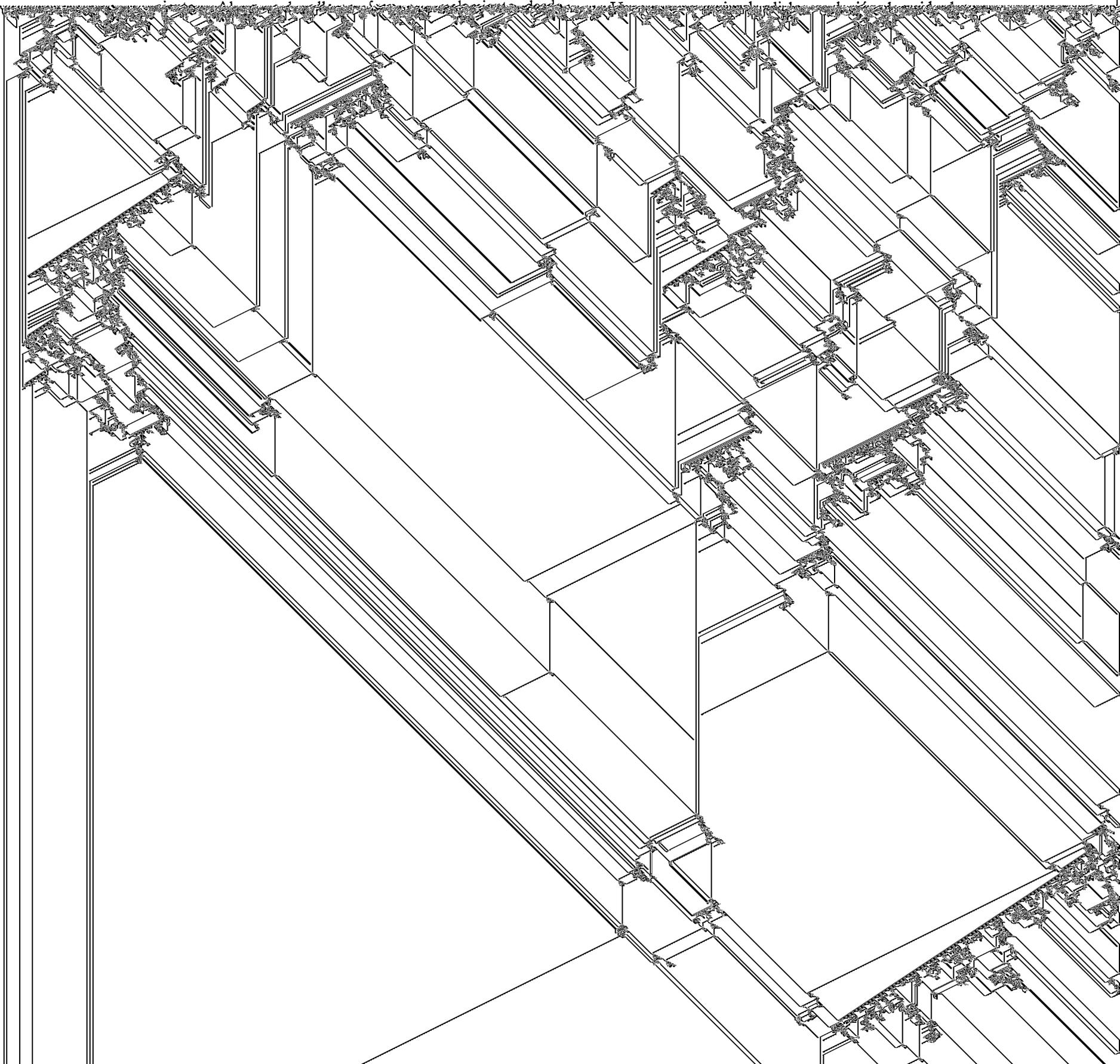
Intensificación de la persecución religiosa en Polonia.—La O. M. S., filial de las Naciones Unidas, exterioriza su espíritu sectario.

«Orginform» y «Desinform»

Intensificación de la persecución religiosa en Polonia

A través de las últimas informaciones llegadas de Polonia, resulta que el total de sacerdotes detenidos por orden del gobierno comunista alcanza ya la cifra de sete-

El Dr. Brock Chisholm, director general de la O.M.S., se opuso abiertamente a la admisión de tales entidades, diciendo que era "muy peligroso" aceptar influencias de personas que se guían por intereses distintos al de la salud. El acuerdo aprobado constituye un triunfo personal de dicho dirigente.



Hijo de Manuel Vallhonrat

FABRICA DE GENEROS DE PUNTO

ALMACEN Y DESPACHO:
San Antonio, 39

FABRICA:
García Humet, 40-Tel. 1832

TARRASA

ACEROS ATLAS

Sociedad Limitada Española



BARCELONA - MADRID - BILBAO

APRESTOS, TINTES Y ACABADOS

Manufactura Auxiliar, S. A.

DESPACHO Y TINTES
San Sebastián, 127
Teléfono 1103

APRESTOS
Ntra. Sra. de los Angeles, 13
Teléfono 2384

TARRASA

Federico Marcet

FABRICA de Hilados, Torcidos y Fantasías de Lana y Estambre, Paños y Novedades en Tejidos de Lana y Estambre.

PANTANO, 20

TARRASA

T. B. S. S. A.

BARCELONA

I. F.

TARRASA

S. A. P. H. L.

TARRASA

J. M.^a LI.

BARCELONA

Ayudad a la Prensa Católica

I. A. S.

BARCELONA

Martín Oliva

SOCIEDAD ANONIMA

Tejidos Algodón



Bailén, 68
Teléfono 25 05 87

BARCELONA



*Visite las Cuevas
de Artá*

TEXTIL DALMAU

FABRICA DE TEJIDOS DE LANA
ALMACEN DE TEJIDOS DE ALGODON

ESPECIALIDADES PARA COMUNIDADES RELIGIOSAS

Teléf. 2923
San José, 3

SABADELL

ARTICULOS FOTOGRAFICOS DE CALIDAD

J. ALEMANY

Paseo de Gracia, 58
Teléfono 28 03 21

BARCELONA

INASA

Inmuebles y Aprovechamientos Hidráulicos, S. A.



San Francisco, 14, pral., 1.º
TARRAGONA

Chocolates y Bombones
“PINAR”

FABRICADO POR
LUDOMAR, S. L.